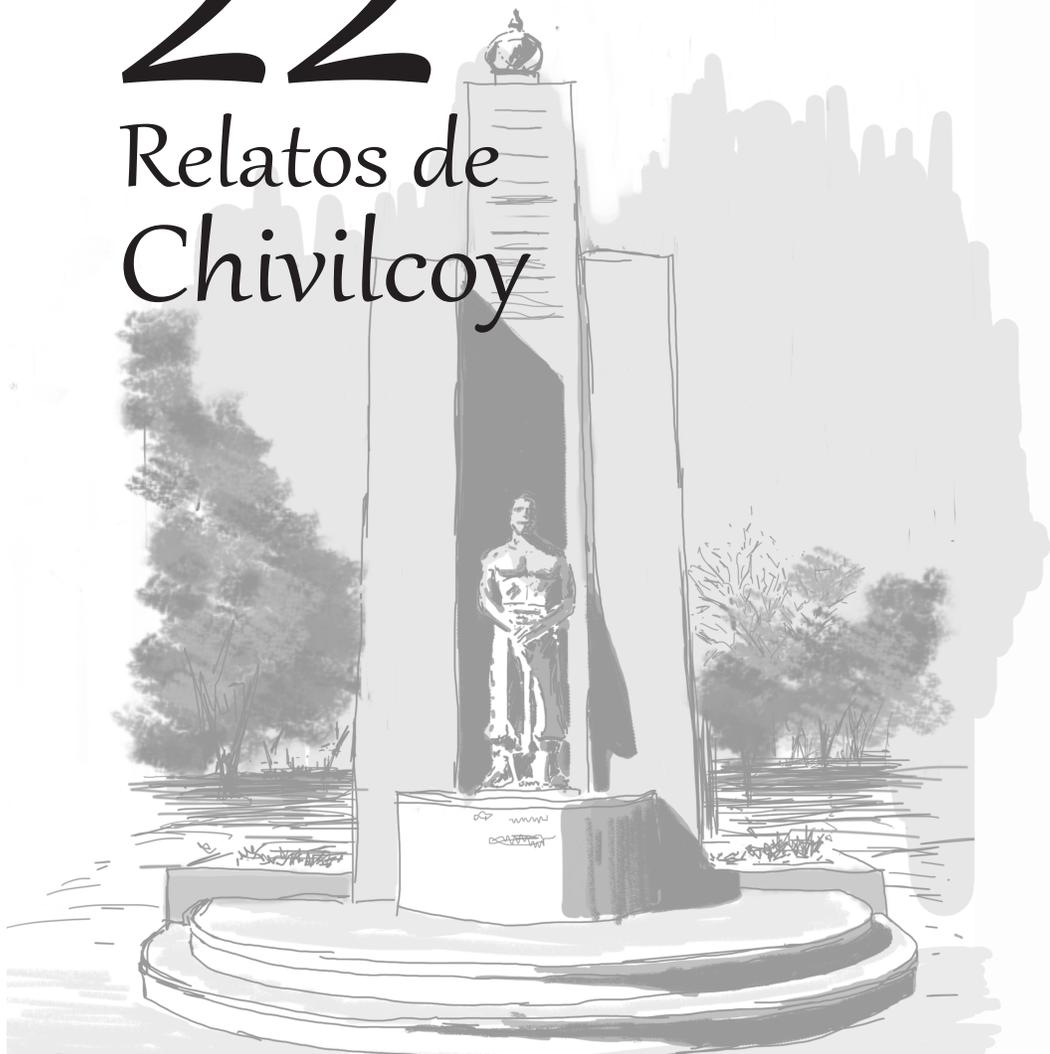


# 22

## Relatos de Chivilcoy



*(emch)* \*  
EDITORIAL  
MUNICIPAL  
CHIVILCOY

Octubre de 2016  
Editorial Municipal de Chivilcoy

Intendente Municipal: Dr. Guillermo Britos  
Secretario de Cultura y Educación: Dr. Adrián Vila  
Director de Educación: Ing. Eduardo de Lillo  
Coordinador de Cultura: Daniel Guala

Antología cartonera “22 relatos de Chivilcoy”  
Compilado de textos de escritores locales actuales.

Diseño de tapas: Artistas plásticos y ciudadanos de Chivilcoy.  
Diagramación: Federico Capobianco  
Ilustración de portada: Pedro J. Natalizio

Disponible su versión digital en: [www.chivilcoy.gov.ar](http://www.chivilcoy.gov.ar)

*\*Se permite la reproducción parcial o total de la obra sin fines de lucro.*

# PRÓLOGO

“Las voces borrachas de cada cantor en los bares de la nostalgia/  
Así es mi ciudad, así florece...”

Horacio García (“Mi ciudad”, en Antología Cartonera “Los 83”)

Veintidós relatos que en realidad son más porque condensan vivencias, hechos, recuerdos, memorias, fantasías de innumerables vecinos, ciudadanos de Chivilcoy cuyas voces pretendemos editar.

El entapado de edición cartonera es una acción colectiva de arte, de oficio, de colaboración y participación. Pero también estos veintidós relatos lo son. Esta selección no es casual, este año en la Antología “83 voces de Chivilcoy”, desde todas las formas poéticas que relevamos, cantaron a esta ciudad diversa que supimos construir desde 1983. Estos veintidós relatos se complementan con aquella, provienen de formas narrativas que se yuxtaponen, que se entrelazan, que se oponen entre sí: ficción, no ficción, relato personal, amor, desamor, recuerdos. Sabemos que, como decía Borges, “la biblioteca es ilimitada y periódica”, tampoco pretendemos que en veintidós relatos quepa un mundo. La belleza y pertinencia de estos veintidós textos –sabemos– no agota todas las maneras de la belleza y de la descripción que nuestra literatura local puede ofrecernos. De lo que sí estamos seguros es que se ofrecen como lo que verdaderamente son: preciosos textos para nuestros vecinos.

## Agradecemos a:

JULIO FRASCINI

ARBERTO RUGIERO

JULIA GUZMÁN

PATRICIA GRAZIADEI

MIRTA SANTUCCI

JORGE GIALLORENZI

GUILLERMO PINOTTI

MELANY DABI

CLAUDIA SALOMÓN

CLAUDIA ROLANDELLI

ELENA CAGGIANO

ANDRÉS PINOTTI

ANA BENEDETTI

ADOLFO OTEIZA

ZULIMA ABRAHAM

DIEGO SCARPELLINO

DANIEL CASAS

DIEGO ABRAGIANO

NÉSTOR GONZÁLEZ

FABIÁN FLORES

EMILIO ANDRÉS BRITOS

FRANCO ACCOMO

Dr. Adrián Vila

# CHIVILCOY

POR JULIO ANDRÉS FRASCINI

Referirnos a Chivilcoy, podemos hacerlo desde los más variados y profundos aspectos.

Comencemos refiriéndonos a un Partido importante, dentro de la Provincia de Buenos Aires y de una ciudad que de igual manera se destaca entre otras.

Históricamente, la ciudad nace teniendo como base el Partido, que fue creado antes que la misma. Esto ocurrió el 28 de diciembre de 1845 (gobierno de Juan Manuel de Rosas) y partiendo de la llamada Guardia de Luján.

Antes de la fecha ya se habían agrupado distintos pobladores, de quienes surgió la necesidad de fundar un pueblo que sería la cabecera del mencionado partido. Esa fundación se concretó el 22 de octubre de 1854.

Esto sirvió de base a la atracción de numerosos inmigrantes que no sólo poblaron la ciudad cabecera sino también la campiña, ante la buena productividad de sus tierras.

Con respecto a la ciudad, se caracteriza por un buen trazado a partir de una plaza central y con cuatro avenidas que parten de la misma y conforman cuatro secciones que también cuentan con plazas, lo mismo que los extremos de esas avenidas.

Tuvo las primeras comunicaciones en base al ferrocarril (primitivamente Ferrocarril Oeste), que llegó a la ciudad el 11 de septiembre de 1866. Posteriormente la actual ruta nacional N° 5, como medio terrestre de comunicación y posteriormente rutas provinciales.

Me parece conveniente continuar con la parte urbanística, lo que implicaría muchas páginas y que creo hay otros motivos importantes en este breve relato.

Al remitirme a la parte humanística, es una ciudad que ha crecido con el tiempo, tanto en la faz comercial como cultural. Es así que

nos encontramos con comercios de toda índole, apoyados por industrias que en un principio fueron molinos harineros y luego talleres y otras industrias (inclusive un Parque Industrial importante).

Creo necesario, entre otros atractivos, mencionar los teatros, que tuvieron su primera vez hacia 1886 con el circo Podestá representando por primera vez a la obra “Juan Moreira”, cuando a ese drama se le puso letra. Por la cantidad, calidad y variabilidad de los mismos, se le ha asignado a la ciudad, en los últimos días, el título de Capital Provincial del Teatro.

Es adecuado tratar a estas palabras como una pequeñísima síntesis de lo que se pudiera haber desarrollado de esta ciudad y su ámbito. Muchos autores se han referido con detalles, gran criterio y extensión, por lo que estos conceptos son sólo un soplo de lo que se pudiera hablar con la magnitud que la ciudad y sus habitantes merecen.

# CHIVILCOY, EL VIENTO Y LA SEMILLA

POR ALBERTO RUGGIERO

Silencio interior, respetuoso, placentero. Provocador de recuerdos. Surcos que el hidalgo viajero llamado Viento es espectador desde hace varias décadas. Nadie lo amedrenta ni lo ahoga a pesar de recorrer distancias, sin descanso, modificando, mejorando el maravilloso mundo de la forma, el perfume y el color, al transportar en sus invitables alas, con envolvente amor, a la Semilla, siempre latente, viva, que incondicionalmente en su libre accionar y con su sabio entender depositó aquí a la vera del Salado en la incipiente Chivilcoy de paja y barro, tierra virgen y abundante en nutrientes, rica en humus, donde sus habitantes hicieron brotar, germinar y desarrollar con notable éxito. El viento es un camino abierto, lleno de proyectos, tiene ganas, está vivo. Muchas semillas se cosecharon mientras otras se convirtieron en majestuosos y codiciados árboles, dando sabrosos y nutritivos frutos o adornando con sus coloridas formas y perfumes, el lugar que los rodea. El viento se apasiona llevando libremente a la semilla y, con la habilidad que lo caracteriza, depositándola a sabiendas de que ella de la muerte hace vida. Viento y Semilla son los causantes de múltiples nacimientos: abundantes pastizales que alimentan a variedad de razas de ganado y miles de hectáreas sembradas de cereales convierten a nuestra zona en agrícola-ganadera, orgullosa en cantidad y calidad. Cerdos, lechones, pollos, vacunos, corderos, abastecen las mesas chivilcoyanas. También los molinos con sus inmejorables harinas alimentan con sus sabrosas pastas los almuerzos domingueros. La semilla siempre habla y el viento atento responde. El viento en días de tormenta se transforma en demoledor, llenándonos de miedos, sobresaltándonos, ya que su arrogancia arrasa con todo; pero transportando semillas es aventurero, memorista, no se olvida de seguir sembrando y al igual que en cerros y montañas en Chivilcoy afinó palmeras, lejos de su lugar de origen: playas que bordean lagos,

ríos o mares. Aquí se lucen en los parques de antiguos cascos de estancias, a la vera de las rutas o se destacan en la Estación Sud, con sus esbeltas figuras brillantes hojas diagramadas como abanicos y sus dulzones cocos que por su altura resultan casi inalcanzables. Al verlas, el cielo se emociona y con sus lágrimas las riegan. Chivilcoy con sus mañanas, anocheceres y largas noches; la Pellegrini, los barrios, los suburbios, la ruta 5, la “Ditomaso”, el Parque Industrial, “la 30”, la 51, las quintas, la Diagonal, la Martija, los silos, los molinos de viento, el Salado, los potreros, las plazas y sus monumentos y campanarios; la “vuelta al perro”, la fiesta del Carmen, los carnavales; los jardines, escuelas, colegios y universidades; los teatros, cines, los clubes y sus canchas y campos de deportes; la música y la danza con sus estudios; los chivilcoyanos, todos con sus venencias, creencias, fe y futuros; los museos y sus reliquias, pasado, presente y futuro. El viento es todo un personaje de novela, manejando sobradamente los intrincados hilos de la trama: brisa romántica en la comedia, desordenado y misterioso en el drama. Acompañante bien de lo cotidiano, perfumado o ácido, según los roles de la ocasión. Como un estudioso pintor acumula hojas dorándolas en otoño-invierno y las enverdece en primavera-verano. Viento y Semilla, Semilla y Viento, se ensamblan, juntos es tocar el cielo y al bajar a la tierra reproducirse. Se necesitan, se protegen cuidándose, asociándose, hermanándose. Su dualidad incomparable, magia de lo trascendental, soplo y materia. Liviana ella, etéreo y rasante el que la transporta, convirtiéndose en trigo, maíz, soja, cebada. En Chivilcoy se siembra, cosecha, procesa y consume amor sin frontera que floreció con ilusión y fortaleza prodigiosa, transformando, como en la creación, lo árido en trigales, maizales, huertas, viveros, frutales. Chivilcoy de ayer, de hoy y el de mañana, libre como el viento... Tenemos la primera y la segunda, ¿se realizará la tercera circunvalación? ¿Se construirá la autopista de Mercedes pasando por Chivilcoy hasta Bragado? Si el genial maestro no visitase, podría dialogar con nosotros, comer nuestro pan, educar en algunas de nuestras numerosas escuelas y repetiría su eslogan de gobierno: “Tener cien Chivilcoy”. Logramos

su objetivo: viento y semilla, siembra y cosecha. La Perla del oeste resurge como el ave fénix... Sigamos transformándolo. Festejemos juntos.

# CIUDAD CON ALMA

POR JULIA GUZMÁN

Me gusta llegar a Chivilcoy y quedarme atrapada en su pulso de ciudad-pueblo; caminar sus calles con gente mayor andando en bicicleta y deleitarme en sus veredas anchas donde nunca faltan las plantas florecidas y los bancos de descanso.

Me gusta estar en Chivilcoy y permanecer callada dejándome habitar por sus sonidos cotidianos y el aroma a pan caliente de “La Victoria”.

Me gusta descubrir el pan galleta, las marineras o las trinchas; el sabor nuevo de la leche que día por medio deja el lechero en el zaguán de Nelsa.

Me gusta saciar mis sentidos en la plaza Colón junto a los hornos y las loras que cotorrean a la par de la risa de los chicos en bicicletas de todos los modelos.

Me gusta el Chivilcoy de los clubes de barrio que convocan reuniones de amigos y familia; al encuentro cotidiano del café compartido y las charlas sabrosas.

Amo a este Chivilcoy de gente amable que me adoptó como a una hija –y a quien adopté como mi otro lugar – y me regala su tiempo en un mate caliente. El Chivilcoy de las pizzas de “Don Pedrín” y los sandwiches de “La Poca Pinta”; el de las plazas secas y los sabores nuevos.

Amo este Chivilcoy -ciudad con alma propia- a donde me traje el amor y de donde me llevo tatuado el amor.

# Y LA ORQUESTA SIGUIÓ TOCANDO...

POR PATRICIA EDITH GRAZIADEI

*A mi abuelo Santos Antonio Maniscalco.*

Santos Antonio Maniscalco nació en Chivilcoy, provincia de Buenos Aires, en 1910, en el seno de una familia recién llegada de Catania, Italia. Primero llegó su madre, Josefa, con el mayor de los hijos, Pedro. Luego llegó su padre y en Argentina nacieron Francisca, Santos y Sara. Naturalmente inteligente, se inclinó pronta y decididamente por la música, en donde su capacidad e intuición encontraron rápida y cómoda ubicación. A los dieciocho años hizo el servicio militar donde participó de la Banda del Regimiento VI de Infantería de la ciudad de Mercedes, con la cual participó en distintos actos patrióticos. Con su trombón a vara o su bombardino, tocaba en las fiestas pueblerinas, en reuniones familiares, en el trabajo, en soledad y en compañía. Junto a su hermano Pedro tenían una fábrica de alpargatas, donde también vendían calzado de lona, cuero y paño, y zapatillas de goma y suela. Alternaba el trabajo y la venta de calzado por pueblos vecinos, con clases particulares de música que dictaba en su domicilio. También integró otras bandas reconocidas, como la Banda de Morábito, dirigida por Don Cándido Morábito, padre de una numerosa familia dedicada a la música. Esta banda no sólo estaba presente en las celebraciones religiosas de los italianos, sino que también amenizaba las fiestas de los franceses que recordaban la toma de la Bastilla. Más tarde, integró distintas orquestas. En Chivilcoy, se desarrollaron distintos géneros o ritmos de tipoailable únicamente. El canto era una circunstancia secundaria. Así, fueron acercándose al jazz para buscarle una definición. El género de ritmo ligero, era una mezcla de música tropical y de América del Norte, con una buena dosis de española e italiana. Las orquestas, en general se encarrilaban en ese género ambiguo. Los mismos músicos de tango cubrían ese otro aspecto del baile. Eran esas orquestas, como se les decía, típica y de jazz. Así funcionaron hasta que a mediados de los años cincuenta, al formarse el Sindicato de Músicos de Chivilcoy, establecieron que la entidad que contrata-

ba conjuntos debía optar por los que cultivaban la música ciudadana o música ligera. Así se ampliaron las fuentes de trabajo y surgieron orquestas con ritmo y repertorio bien definidos y de muy interesante nivel artístico. Así fue que Santos, con su trombón, integró, entre 1933 y 1935, la jazz Módica. También participó de la Orquesta de Casuccio-Rojo, una agrupación clásica, que actuó entre los años 1937 y 1938, en donde aparte del tango hacían ese otro tipo de música, y los músicos que interpretaban instrumentos de viento hacían suponer ciertas inquietudes jazzísticas en ellos. Estas agrupaciones atendían las demandas de bailes y confiterías. En 1938, Antonio Módica padre formó con Américo Abbene, la Orquesta Abbene-Módica.

Tocar instrumentos era para Santos un impulso irrefrenable cuando tenía una partitura delante. Cada nota le sugería otras y así acompañaba con su trombón a vara o con su bombardino, según la ocasión, cada compás. Es de destacar su fervoroso entusiasmo y el ineludible interés por perfeccionar toda empresa musical en la que estuvo inmerso. Los teatros, las confiterías, las plazas, los salones de fiesta, fueron su abrigo. Actuaba en los bailes de carnaval, en la tradicional fiesta en honor a la Virgen del Carmen, en las fiestas organizadas para festejar el aniversario de la ciudad, en el “Lago Municipal”, en la rotonda de la Plaza “25 de mayo”, en el lago de “Las Rosas”, lugar de citas de todo el pueblo, y amenizaba fiestas familiares. También solía concurrir al club para reunirse con sus amigos músicos donde no faltaban las anécdotas y un mazo de cartas para jugar al truco. Su actitud artística lo aislaba del entorno dominante porque su pasión y su estilo de vida era la música.

Una tarde, llegó en su habitual visita al Teatro Español, aspiró el olor del arte y sintió que era su ámbito, “su lugar en el mundo”. Sólo las luces tenues eran testigo de su andar. Sus pasos recreaban ecos. Vinieron a su mente recuerdos que provocaban distintas sensaciones, y emociones encontradas.

De pronto recordó una anécdota. No importaba si ese mundo no era real, lo hacía verdadero con la fascinación que le despertaban las imágenes que le venían a la mente. En una de las presentaciones

que hacía con la Orquesta típica llamada Abbene-Módica en un baile de carnaval, desde el escenario divisó a una hermosa mujer. Quedó impactado. La dama estaba acompañada por una amiga. No podía conquistarla desde el escenario porque tenía que cumplir con la actuación. La bella mujer seguía allí. Y la orquesta siguió tocando... Entre el tumulto de miradas y entre los acordes musicales, el corazón de Santos latió cada vez más fuerte y cuando terminó la actuación, enfundó su instrumento, lo guardó en el auto y volvió rápidamente al baile para ver si encontraba a esa mujer que había divisado desde el escenario. Efectivamente, ella estaba allí. Al parecer, a ella también le había impactado el músico. Tímida, con su mirada inocente, se dejó seducir por quien hasta unos instantes antes la había fascinado con sus canciones. Las miradas se cruzaron, no bastaron muchas palabras. Salieron a bailar y el enamoramiento no tardó en llegar. De ahí en más fueron inseparables. Se casaron, tuvieron cinco hijos, uno de los cuales se dedicó también a la música, como cantante y animador, y vivieron un gran amor. Santos siempre recordaba actuaciones, bailes, pero lo que nunca pudo olvidar fue lo que había vivido en una de las tantas noches de carnaval donde se enamoró a primera vista de Teresa.

A lo largo de su vida, cada vez que estaba apenado, confuso o nostálgico, tomaba su instrumento y componía canciones. Eso lo hacía feliz. La vida de este polifacético músico fue extraordinaria y colmada de hechos interesantes. Lo que él nunca supo es que su amor desmesurado por las obras musicales no era locura sino pasión.

Evocar de modo nostálgico parte de la vasta y significativa actividad artística, distinguidas reuniones sociales y jubilosas y estelares noches del anecdótico e inolvidable ayer chivilcoyano sirven para reconstruir momentos del pasado lugareño.

La corta vida de Santos, ya que lamentablemente fallece a los 56 años, hizo que no pueda seguir desplegando sus dotes musicales, pero en cada rincón de los lugares por donde pasó seguirán retumbando los acordes de sus instrumentos, “y la orquesta seguirá tocando...”

# LA QUINTA

POR MIRTA SANTUCCI

Allá, por los comienzos del siglo, nació una barriada en la orilla del pueblo donde antes todo era quintas.

Mi padre, un piamontés que un día llegó al país para trabajar en el ferrocarril pero que luego se jubiló y decidió dedicarse a los frutales, compró una quinta cuya casa de alto se destacaba en la zona, y no sé por qué la gente la llamaba “del Progreso”; o quizás sí: por compararla con las humildes casitas de otros paisanos que fueron surgiendo en las cercanías.

Desde ella, todos los días veía llegar a la gente en carros, jardineras, coches y a pie al Cementerio que estaba enfrente de casa. En las mujeres de ropa oscura y pañuelo a la cabeza sólo el colorido de los ramos de lirios, jacintos, rosas o violetas ponían un toque alegre en sus monótonas almas; o los gritos de los chicos que a veces las acompañaban y jugaban bulliciosamente tironeando de sus polleras sin saber que el paseo era al Cementerio.

Las horas de la siesta, largas, silenciosas y calurosas en verano, transcurrían bajo el fresco del parral mientras cosía la ropa de trabajo para los hombres de la casa. Los hombres: mi padre y dos hermanos. Mi madre se fue un día cuando esperaba otro niño. Dicen que fue por la viruela pero creo que la afectó el humo que todas las tardes llegaba del Cementerio cuando quemaban la ropa de los que fallecían o, tal vez, el constante dolor que veía diariamente reflejado en los rostros por la cantidad de niños que morían en ese tiempo de epidemia.

La quietud a veces se veía interrumpida por la llegada furtiva de chiquilines que atraídos por los duraznos, damascos, peras, ciruelas e higos se arriesgaban a entrar en la quinta despertando el enojo de mi papá cuando encontraba rotas las ramas de las plantas (porque si faltaba alguna fruta se hacía el distraído). Más de una vez hizo guardia para pescar in fraganti a los intrusos.

La quinta estaba llena de frutales. Me gustaban las frutillas, pero ¡cómo odiaba elegir porotos!

Con mis hermanas todos los años hacíamos dulces. Mi papá, con la uva, vino para la casa. Pero la mayor cantidad la enviaba a Italia y recibía a cambio aceite de oliva.

Era un placer recorrer la quinta en primavera por las flores, los perfumes y los cantos de los pájaros que anidaban en las plantas.

¡Cómo añoro aquellos días! ¡Cuántos idilios florecieron! Mis hermanas se casaron, y después llegaron los sobrinos que poblaron el lugar con sus juegos y alegrías.

Hoy paso por allí y todo ha cambiado. La casa ya no está. El tiempo la demolió. La quinta se convirtió en un montón de casas y calles. Sólo una que otra planta queda como mudo testigo en el terreno de algún caserón.

Del Cementerio -del “viejo” porque después se hizo “el nuevo”- pocos se acuerdan. Otros, ni saben.

Ya en otro siglo, sólo están los recuerdos de aquellos que vivimos ese tiempo. Y a veces, ellos ya son imágenes borrosas que se fugan de la memoria.

# UNA FOTO EN BLANCO Y NEGRO

POR JORGE ALBERTO GIALLORENZI

Estaba todo listo para comenzar el viaje, en la vereda de la casa de la Av. Ortiz nos apretujamos esperando el ómnibus y yo ya tenía la cámara lista y la foto a mano.

La belleza de la luna oscurecida por grupos de nubes y algunos árboles que no habían florecido lo suficiente eran el marco de la partida.

¿Existiría el mismo escenario? Pensé, pero no seguí, no me dejaron los aprestos. ¡Ché, ahí viene el colectivo! Che, ¿y Juan Carlos R.?, ¿venía?. Sí venía, seguro que se quedó cenando. ¡¡Ahí viene!! Parecía un escándalo, los familiares abrazados, a los besos –recibí un par de no sé quién-. Parecíamos un montón de ciegos tocando un elefante.

Subimos al ómnibus no sin antes enterarnos que en el hotel íbamos a dormir de a tres, me tocó con los Carlos: Carlos B. y Carlos D.

Con Alfredo D. de compañero de asiento nos ubicamos con nuestras preferencias, la mía fue poder sacar los pies al pasillo... y poder tocar fácilmente la foto, la pequeña copia que me obsesionaba.

Después de largas horas de andar en territorios ambiguos, nos acercamos a la ciudad esperada, me dije: en todo caso bastará con salir del hotel y ver si ella estaba ahí –como esperándome- y sin siquiera saber de mi apetencia, mi deliciosa y aún secreta apertura desconfiada de apretar el disparador de la cámara en el momento y ángulo justo.

A mis compañeros de habitación les resultaba algo inexplicable, porque les conté de ella y la foto, dijeron que era como un deseo de necesidad y urgencia, un placer a mi medida. Naturalmente, aguanté las opiniones de los Carlos y sólo dije: todas las cosas son sueños; y como sin darme cuenta saqué la foto del bolsillo y la guardé con la cámara.

Pudo haber sido pura coincidencia, pero allí –justo allí- nos llevó una “Kombi”. Con ansiedad comencé a recorrer olores, carteles, sonidos; algunas personas nos miraban con indiferencia de vieja galería.

¡Ella estaba en el mismo lugar!, ya no era una vaga silueta, la locomotora a la que nos subimos en octubre de 1965 nos estaba esperando. ¡Cincuenta años sin verla!

Saqué la foto en blanco y negro y... ¡Ché, suban, dale Pepe I., dale Raúl P., vamos Negro T. y Carlos B.! Poné la pierna así. ¿Así? No es así, ¿no te acordás? Un poquito más allá y te agarrás de... ¡¡Ché, Gato G., sacá la foto!! ¡¡¡Ya vaaaaa!!! Lito A. y Coco M. dicen: sacala Jorge G., estos están nerviosos. Ángel M. agrega: ¡aquel se desacomodó!

Y la saqué.

Juro que sentí un alivio tremendo ese día de octubre de 2015. Me dije con voz inaudible: ahora este mundo es sólo un sitio de descanso.

Con las piernas flojas saqué otras fotos pero no fue lo mismo. Entretanto, me alejé un poco y gocé de ver como jugaban mis compañeros de promoción de la Escuela Industrial, sólo pasaron cincuenta años del memorable viaje de estudios cuya primera parada fue San Rafael, Mendoza.

Después de todo, la vida es como la llama de una vela expuesta al viento.

# TRAVESURAS MILITANTES

POR GUILLERMO PINOTTI

Hugo, Paco y Luis eran portadores de una militancia juvenil donde las razones se medían con el termómetro de la pasión y una alegría voraz que alimentaban con sentimientos de verdad y justicia. Corría la década de los ochenta cuando una idea de Paco se convirtió en una misión reivindicatoria. En el alto paredón del estadio de Gimnasia y Esgrima del pueblo de Sarmiento, una placa de bronce indicaba el nombre de la avenida que nacía: General Pedro Eugenio Aramburu.

Y para aquellos jóvenes eso no podía continuar así. Embarcados en un accionar secreto, partieron en una vieja chata hacia el lugar con las armas necesarias para el procedimiento: una escalera, dos barretas, dos matillos, unos cuantos clavos largos y un chapón rectangular que rezaba en letra artesanal: “Avenida Héroes de Trelew”.

Madrugada de invierno fría y oscura que una pálida luz de esquina intentaba penetrar pocos metros a su alrededor. Luis subió a la escalera. Paco alcanzaba las herramientas. Hugo hacía de vigía hasta donde sus ojos podían ver. Las barretas vencieron y dejaron caer la gruesa placa de bronce al suelo, y el chapón con la nueva denominación fue sostenido por seis grandes clavos que penetraron el muro empujados por certeros y sonoros golpes. La misión secreta estaba cumplida.

Pasaron un par de meses y grande fue la sorpresa para Paco y sus amigos cuando una mañana en un aviso clasificado de un diario local se leía: “Vendo heladera bien conservada. Avenida Héroes de Trelew n° 350”. La emoción fue inmensa, el anónimo acontecimiento había sido popularmente reconocido.

Claro que, con el tiempo, el hallazgo de la travesura debió legitimarse. Las autoridades del pueblo prefirieron no abrir una nueva grieta e imponer a la avenida un nombre que hermane a todos los vecinos: Desde entonces se llama Avenida de la Democracia.

Pero no fue el final del accionar del trío militante. Al poco tiempo se inauguró un busto de Eva Perón en la esquina de inicio de una calle diagonal del mismo nombre. Había que colocar también allí una placa recordatoria. Hugo, quien guardaba la placa de bronce como trofeo de guerra, propuso fundir la misma y con el metal dar forma a la nueva mención en homenaje a “Evita”. Allí quedó la aleación de cobre y estaño hasta que el tiempo y la maniobra de algún vil ratero nos hicieron perder el rastro de aquella.

# EN ELLA, MIS MEJORES RECUERDOS

POR MELANY DABI

Esta noche fría me recuerda a las de mi juventud, cuando por aquellos años andábamos con mis amigos por la plaza España, a las cinco de la madrugada, volviendo del boliche que quedaba por ahí derecho, y nos deteníamos a descansar. No se veía un alma por la calle. Parecíamos cuatro locos sentados en el banco frente a la fuente y, una que otra vez, los muchachos querían zambullirse allí para quitarse un poco la resaca de encima y poder seguir el camino hasta casa. Otro se encaraba alguna minita que por ahí pasaba y se quedaban atrás de un gran árbol. Yo me quedaba en el banco, observando todo a mí alrededor. En verano me gustaba sentir el vientito fresco del amanecer en la cara, escuchar las gotas de agua de la fuente golpear contra la base de cemento, percibir el canto de los pájaros... ¡Era increíble estar en ese lugar! Y, en invierno, bueno... el frío no me gustaba mucho, pero tampoco lo odiaba, aunque estaba solo. Todo era bello allí. Hasta las barbaridades que se decían los pibes sonaban bonitas.

Cuando por la tarde me sentía solo, volvía al sitio y me sentaba en el banco frente a la fuente, de cara al sol. Obvio que el paisaje era distinto. El desierto que era por la madrugada, por la tarde se poblaban de criaturas jugando y madres vigilando. Se podía percibir mucho más la belleza entonces. Y en ese lugar ya no me sentía solo. Tenía miles de amiguitos que me prestaban su pelota o necesitaban de mi ayuda para levantarse de la bicicleta. Se me había hecho costumbre concurrir a esa hermosa plaza y, aunque me quedaba un poco lejos (yo vivía en esa época cerca del hospital), ¡ni en los días de lluvia me quedaba sin ir! Me tomaba el colectivo que venía para este lado, me ponía el piloto, me calzaba las botas, recogía el paraguas y salía. No era un problema para mí la lluvia. Y en ese momento, volvía a tener la plaza para mí solo, pero la soledad ya no la sentía porque tenía en mi corazón a cada niño que por allí pasaba en las tardes de sol.

Desde entonces comprendí que cada vez me alejaba más de mis amigos. Había dejado de ir a la plaza en la madrugada y estaba yendo por la tarde. Había cambiado un vaso de alcohol por uno de coca-cola o chocolatada con los pibes. Me sentía raro, pero feliz.

Recuerdo que cuando estaba por terminar el secundario me pasé a la Escuela Normal, frente a la plaza, así cuando salía de estudiar no tenía que caminar mucho para llegar a ella (más en época de calor). Me sentaba todos los mediodías a almorzar bajo un gran árbol alguna cosita rápida que me preparaba mi mamá o me compraba en el kiosco de la escuela, porque la pobre trabajaba mucho y, a veces, no tenía tiempo para cocinarme algo rico. Pero si era por mí, no comía. Llenaba mi panza con el bello paisaje. Pasaban muchas cosas en esa plaza. Se encontraban los chicos para ir juntos a la escuela; perdían tiempo parejas enamoradas que salían del colegio y se quedaban allí, pero no observando el paisaje como yo, haciendo otras cosas; madres que retaban a sus niños porque se ensuciaban la ropa del jardín y llegaban desprolijos ¡Ay, la maestra qué va a decir!, les decían a los pequeños. Esto era lo que más se veía y la frase que más se escuchaba. No sé por qué, pero todas las madres decían lo mismo: que no se ensuciaran, que cuidaran el guardapolvos, que no tiraran la mochila, que caminaran bien, que no se tiraran al piso, que no corrieran.... ¿Por qué los torturaban así a los pobres niños? Escuchaba eso y pensaba en la suerte que tenía yo de estar ahí, y solo.

En esa época estaba rodeado de gente y de una paz incomparable. Pero llegó el momento en que terminé el colegio. Y seguía viviendo lejos. Quería conseguir un laburo para poder comprarme una casa cerca de la plaza. Y de tanto andar, buscar, ir y venir, conseguí un puesto de trabajo en la terminal de ómnibus, cerquita de la plaza ¡más feliz no podía estar! Luego de casi seis años de trabajo, me pude comprar la casa. No era la de mis sueños pero... ¡estaba frente a la plaza, sobre la calle Pellegrini! Era una casa vieja pero en ese entonces la había conseguido barata y la podía remodelar. Me costó mucho trabajo reconstruirla, pero no lo hice solo. Durante el transcurso de los años empleado en la terminal de ómnibus me puse

de novio con mi compañera y, una vez que pude comprar la casa, le propuse casamiento. Ella me ayudó con la refacción de mi nuevo hogar. Perdón, de nuestro hogar. Nos mudamos y ahí estuvimos, cuarenta años, juntos, con una casa enorme para los dos, porque los chicos crecieron y se marcharon. Venían de vez en cuando y, a veces, también los nietos a quedarse a dormir y, cuando se quedaba uno ¡se quedaban los doce! Así que, mirándolo por ese lado, no estaba de más que la casa fuera grande. Lo que más me gustaba de ese dulce hogar era, aparte de la calidez de la familia, la enorme ventana que tenía en mi habitación y daba a la plaza. Todas las mañanas cuando me levantaba la abría de par en par y me quedaba un largo rato observando el hermoso paisaje. Y no podía creer que cada día mi plaza querida estuviera más linda.

\*\*\*

Hoy con mis casi setenta años me siento solo, más solo que nunca. Mi compañera de vida se ha marchado. No puedo soportar la tristeza de estar en esta enorme casa que juntos construimos y no tenerla a mi lado. Me cruzo a la plaza y me siento bajo el enorme árbol que está aquí desde que era pendejo; él ha escuchado mis quejas, mis alegrías y, hoy, mis penas. Tal vez encuentre consuelo en él; tal vez lo admire porque me veo reflejado en su tronco, en su base, y pienso que cuanto más viejo es uno, más fuerte se hace. Pero esa fortaleza te la debo, amigo. Hoy, apoyado sobre un palo que sostiene el peso de mi cuerpo al caminar y con la ausencia de mi querida, la fortaleza ya no la siento.

Estoy aquí hace un rato largo sentado y la pena parece desaparecer. Recuerdo el camino que hice en esta vida y los momentos más felices están aquí, en este lugar. Por eso escribo estas líneas, para que mis queridos nietos sepan que nunca van a estar solos. Porque cuando así lo sientan, los obligo a que vengan a este sitio durante la tarde, llueva o truene, porque aquí jamás van a sentir la soledad.

Dejo estas líneas también para decirles que, cuando falte, me conformo con que me vengan a ver a este lugar. Yo voy a estar presente en cada árbol que toqué, en cada banco donde me senté y en la fuente en donde, alguna vez, me zambullí.

# MAMELUCO AZUL

POR CLAUDIA MARGARITA SALOMÓN

Siento una atracción especial por los talleres mecánicos y demás lugares donde se realizan tareas relacionadas con el funcionamiento de los automóviles.

Desde chica, tendría nueve o diez años, casi sin darme cuenta, me fui familiarizando con este mundo varonil de los fierros y de sus motores. Mis primeras visitas al taller fueron de la mano de mi abuelo, cuando él iba a cambiar el caño de escape de su Chevrolet. Era un galpón que quedaba a dos cuadras de su casa, sobre la avenida Soarez, casi esquina Garibaldi. El cartel decía Mauro y Médice. Me acuerdo que el portón pintado de verde, estaba siempre abierto.

Años más tarde, cuando ya sabía manejar, a los dieciocho o veinte años, disfrutaba charlar con mi papá sobre piezas y repuestos. Él era tan fanático de la correa del ventilador que siempre llevaba una o dos nuevas, por las dudas, en el baúl de su Ford Falcón amarillo. Pero lo que realmente le apasionaba era todo lo relacionado con el encendido y la electricidad del automóvil y yo casi siempre lo iba a buscar cuando dejaba su auto en “El Porteño”, a pocas cuadras de la Plaza 9 de Julio.

Del Falcón de mi papá pasé luego al Peugeot de mi esposo, quien a su vez, frecuentaba el taller de los hermanos Viglietti, en la calle Pringles.

Si bien no soy una experta, aprendí lo básico, y siempre me resultan muy útiles estas visitas a los talleres. Confieso que me encanta hablar con los mecánicos y también caminar entre hombres... que muchas veces son más espontáneos y transparentes que las mujeres, salvo raras excepciones, por supuesto. No me molestan ni la grasa ni el aceite desparramados por todos lados, tampoco los dedos del mecánico, teñidos de negro, al contrario, me atraen.

Me fascina ir una vez por año a hacer el cambio de aceite y filtro. Apenas entro en el lubricentro “El Vasco”, un señor de ojos azules

aceitosos, sin hacerme demasiadas preguntas, me resuelve en instantes todo el tema del aceite y me invita a entrar mi Taunus azul y estacionarlo sobre la fosa, para revisarlo. Pero yo siempre le pido que lo haga él mismo. Hace ya varios años tuve una experiencia nefasta: no calculé bien y me quedó una rueda adentro. Desde entonces, siento pánico por ellas y las miro de lejos, con sumo respeto.

El señor no sólo le cambia el aceite, sino que también reemplaza el filtro, le sopletea el filtro de aire cuando no está demasiado sucio y nunca se olvida de agregarle aceite al diferencial, cuando hace falta.

Por último, ojos azules aceitosos se fija hasta en el zorrino (mi preocupación constante) porque nunca funciona bien. Me explica cómo destaparlo, con una aguja fina, para que salga bien el chorro.

Mientras hace estos trabajos, hablamos un poco de la vida, de los huesos y de la humedad, y por supuesto del carburador, del aceite y del diferencial.

Salgo renovada y liviana, como si hubiese tenido una sesión de terapia.

Creo que un día de estos voy a comprarme un mameluco azul como mi Taunus y me pongo a engrasar el diferencial, que me parece que es el que más necesita de mí.

# CONEXIONES

POR CLAUDIA M. ROLANDELLI

El té humeante me abstraigo por unos minutos de la melancólica mañana. Estaba obnubilada por los etéreos figurines danzantes en el aire. Y allí la vi... a lo lejos, en lo alto de la biblioteca de madera, la tapa dorada que cubría un tarro de leche decorativo. Lucía algunos vestigios propios del paso del tiempo pero reflejaba, en ese momento del día, destellos multicolores fugados de la red estrellada de la seca espiga de trigo que sobresalía de él, símbolo de pan y trabajo.

Don Nicola también tenía por costumbre observar unos instantes la imagen de San Cayetano antes de iniciar su jornada laboral, sin olvidar rozar sus largos dedos por la dorada vara adherida a la estampita clavada en la pared. Era su cábala matinal que lo fortalecía y animaba para enfrentar los fríos amaneceres campestres. Luego de saborear una taza de mate cocido junto a un trozo de pan, intercambiaba algunas pocas palabras con la dama más dulce de la casa, Matilde, su amada esposa. Ya despabilado, se dirigía hacia el gran galpón contiguo en la parte trasera de la casa, dispuesto a preparar su charré gris: orgullo familiar.

“Volcán”, metálicas letras atraen mi mirada. Marca de la no tan vieja cocina preparada para ser llevada a la quinta con el fin de reemplazar la existente. De gran resistencia y seguridad... como “Volcán”, el caballo de mi abuelo paterno. Nombre que solía escuchar en las tardes dominicales de mi infancia durante las caminatas de una quinta a otra. Éste cumplía sólo la función de compañía, no como los anteriores, inseparables compañeros de trabajo del conocido lechero chivilcoyano. Me pregunto cuántos tarros de leche lograba llenar y repartir mi abuelo por día. La jardinera, como le decían algunos, iba repleta. Había de diez, veinte y hasta de cincuenta litros, estos últimos eran subidos a la carreta con ayuda de su rodilla, siempre y cuando sus huesos no le jugaran una mala pasada. El paso de los años más las penurias vividas estaban dando dolorosas señales que lo enfadaban cada mañana. Antes de partir,

habitualmente, le indicaba a su hija que esté lista por si acaso tuviese que volver a aprovisionarse. Ella tenía como misión atender a quienes se acercasen a la casa a comprar unos pocos litros de leche fresca o un rico queso casero elaborado por las manos de las mujeres de la familia. Mientras su hijo menor se preparaba para ir a la escuela, su esposa arreaba las vacas hasta el otro corral escoltada por la jauría de la casa. Allí, los bovinos se echaban, satisfechos por haber cumplido su función y dispuestos a pastar cómodamente por el resto del día, mientras despedían con la mirada rumiante a su dueño. Lento se alejaba sorteando los huellones del camino. Poco a poco sus primeros encargos se efectuaban y las monedas que recibía a cambio eran guardadas cuidadosamente en alguno de sus bolsillos. Don Nicola siempre tenía tiempo para una charla o para recorrer la ciudad con miras a proyectar futuros pedidos y extender sus fronteras. Mientras surcaba las calles, la ciudad lo iba asombrando cada vez más. Los adelantos de la época iban forjando a la actual Perla del Oeste... ¡Gracias, don Nicola!, exclamaba una de sus clientas. ¡Mis hijos crecen fuertes gracias a usted! Se nota que su ganado está muy bien cuidado. ¡Ah!, y no le conté aún que mi cuñada acaba de mudarse la semana pasada a Chivilcoy. ¡Tiene cuatro hijos! La pobre no tiene tiempo ni para ordeñar la vaca. Su marido es jornalero en medio del campo, por allá, pasando el monte de eucaliptos. ¡Le gusta mucho cocinar! Seguro que le va a comprar algunos tarros de leche en la semana. Aproveche y vaya hoy por la tarde pa' allá. ¡Ya lo recomendé! Vive pasando el Prado Español, ¿vio?, a unas pocas cuadras de allí.

Luego de la siesta reparadora emprendía la marcha hacia el nuevo destino para presentarse ante la nueva clienta. Una oportunidad así no se presentaba todos los días. Tal como se lo había indicado la mujer pasó por delante del portón del famoso paseo, sitio aún desconocido por el campesino a pesar de haber oído de su existencia y prestigio para la época. No era común que don Nicola y su esposa recorrieran ese sector de la ciudad debido a que sus vidas giraban en torno a sus tierras, sus perros, caballos y ganado. Sus ojos vidriados no perdían ningún detalle, a la vez que su caballo continuaba el trayecto a paso lento.

Recuerdo a un trencito blanco pasando velozmente. Asomaba con claridad por la cornisa de la abandonada “Torque”. Emblemático cerco de ladrillo aún existente, enmarcado por altas copas de árboles, mudos testigos de una época de esplendor plagada de alegres romerías que a sus sonos invitaban a cantar y bailar hasta altas horas de la madrugada. Atónita, lo miraba, deseando poder estar en él, asomando la cara fuera de la ventanilla, despeinada por el travieso y fresco viento nocturno. Con los años he descubierto la verdad: somos atemporales, por lo cual jamás hubiera visto a ese tren. Tal vez alguna historia de mis abuelos maternos haya generado esa imagen tan vívida en mi mente, sumado a que su casa estaba a sólo media cuadra de allí, en donde mi hermano y yo pasábamos los días de la semana bajo su cuidado. Eso sí, con seguridad quien subió a ese tren fue mi mamá, un 21 de septiembre a finales de los años ‘50 junto a sus compañeros de secundaria y algunos profesores como parte de un día de recreación para festejar la llegada de la primavera. Dar una vuelta en ese trencito por el interior del Prado Español era todo un privilegio. Como el que tuvieron desde sus comienzos Juan y Paulina, sus padres, paseando por el predio y disfrutando de sus tardes y noches musicales.

Una vez cumplido con su cometido, emprendió el regreso a su morada. Iba pensativo, estático, dejándose llevar por el vaivén de la carreta en marcha. De repente, una chata negra asustó a “Volcán” y una de las ruedas de la jardinera se encajó en el barro fresco, tumbándose hacia un lado. El jornalero se despabiló a la fuerza. Aún entre dormido y confundido no escatimó fuerzas junto a su caballo para liberarse de esa situación cuanto antes. Todo era inútil... El atardecer comenzó a inquietarlo. De su boca procedían maldiciones de todo tipo. Sin embargo, una nube polvorienta comenzó a envolverlos trayendo consigo a un vehículo. De éste, bajó un joven bien vestido quien con amabilidad ofreció su ayuda. Enfadado, el lechero la rechazó. El forastero insistió más de una vez, pero el testarudo hombre ni lo miraba. Poco después, a regañadientes, tuvo que aceptarla; estaban exhaustos. Ambos, más el último esfuerzo del animal, lograron mover la rueda. Después, con paciencia, el desconocido también lo ayudó a juntar el rosario de tarros dispersos en la tierra

entre charcos blancos. Al rato, éste pidió disculpas al lechero e intentó reparar lo sucedido a través de algunos billetes. Sin embargo, don Nicola, indiferente, tomó las riendas para continuar su marcha, pero él lo detuvo para explicarle que lo sucedido había sido un infortunio producto del apuro. Era músico, tocaba el bandoneón en una orquesta porteña. Al momento del accidente se estaba dirigiendo hacia el ensayo, cuando se le cruzó imprevistamente una liebre y perdió el control del vehículo. Para reparar en parte todo lo causado, lo invitó a disfrutar del espectáculo. ¡Vamos, don!, insistió. Aproveche, lleve a su familia. Es el domingo a la tardecita. ¡¿No se lo va a perder?! ¡Es en el Prado Español! Lo conoce, ¿verdad? Don Nicola se sonrojó. Sintió cosquillas en su estómago, como si la sangre le recorriese el cuerpo cual río torrentoso de primavera. Ese domingo la familia del lechero se vistió con sus mejores prendas. Iban a pasear. Dejarían de lado por unas horas la difícil vida del campo. Hasta el caballo lucía diferente, y por supuesto su charré estaba despojado de salpicaduras de barro. Al atravesar el Prado la magia comenzó... todo lo vivido ese día único quedó impregnado en sus pupilas, dejando huellas imborrables de felicidad.

Como si por mi sangre corriese el mismo río sintiendo las mismas cosquillas en mi estómago, parpadeando varias veces con mis pestañas humedecidas y evitando el desborde incontrolable, ingresé por primera vez al gran coliseo argentino para regocijar mi alma con una función de ballet.

# ABELIA

POR ELENA CAGGIANO

Le saqué el hueso a la carne antes de ponerla en la fuente. Automáticamente se lo ofrecí a Abelia. Ella lo tomó agradecida y salió disparada hacia el patio para enterrar su botín. Ya estaba poniendo la asadera en el horno cuando la perrita volvió y se acomodó en su colchoneta. La miré con ternura e inmediatamente alzó su cabeza devolviéndome la mirada. Disfruto enormemente estos momentos que ambas compartimos a la tardecita, esperando que Miguel regresase del trabajo.

Miguel y yo nos encontramos con Abelia al poco tiempo de mudarnos a Chivilcoy, hace ya un par de años. Antes vivíamos en Capital, aunque veníamos a menudo para visitar unos amigos. Desde el principio nos cautivó este ambiente apacible y pueblerino que aún conserva, aunque se trate de una ciudad que ha crecido mucho. Por eso cuando Miguel recibió una buena oferta de trabajo aquí, aceptamos encantados. Vendimos el departamento en Buenos Aires y compramos esta casa muy cerca de la Plaza España, un sitio fascinante con fuentes y pérgolas cubiertas por brillantes cerámicas, que traen reminiscencias de los clásicos patios españoles. A nosotros nos encanta recorrer las callejuelas interiores de la plaza y sentarnos en sus bancos tapizados de mayólicas, que son en sí mismas verdaderas obras de arte.

Un domingo a la mañana temprano, en una de nuestras acostumbradas caminatas, descubrimos a la perrita lastimada y aullando de dolor debajo de un árbol. Partía el alma verla sufrir de esa manera. Nos miramos y, en uno de esos diálogos sin palabras, comprendimos que íbamos a llevarla a casa. Miguel la cargó con mucho cuidado y ella no se resistió. Localizamos un veterinario gracias a la solidaridad de nuestra vecina. Cuando por fin llegó, estuvo un largo rato componiendo sus patitas traseras. Impresionaba verla tan quieta y llena de vendas. La cuidamos durante varios días, hasta que

poco a poco su mirada se tornó vivaz y la cola comenzó a moverse con frecuencia. Nos conmovió verla ir y venir por la casa apropiándose de sus rincones preferidos.

Miguel me miró intrigado cuando le propuse que la llamáramos Abelia, porque él nunca había escuchado esa palabra. Entonces le conté que la llegada de la perrita me había hecho recordar los veranos de mi infancia en la quinta de la tía Inés, donde gozaba mucho jugando con su perro blanco y lanudo. Mi tía tenía un hermoso jardín colmado de flores. En el cantero central se erigía elegante una planta de abelia con su follaje tupido, ataviado con hojas suaves y flores fragantes. Mi tía siempre decía: “es una planta noble y agradecida, da mucho sin exigir demasiado”.

Sin duda esto significa Abelia para nosotros, porque no cesa de prodigar su lealtad inapelable y una alegría constante que se esparce como un perfume sobre nuestras vidas.

# CADA UNO HACE LO QUE PUEDE

POR ANDRÉS PINOTTI

Yo no te voy a mentir, Betito. Te digo que el tipo era mejor que Cortázar, pero por la mierda que era mejor. Pasa que acá, viste cómo son los pueblos. También hay que pensar que pasaron muchos años y bueno, la gente o no sabe o se olvida. Pero yo te aseguro, Betito, que Juan Carlos Mendolara fue el gran escritor de Chivilcoy y hasta se juntaba a conversar con Cortázar cuando el flaco andaba por acá enseñando. Estamos hablando de la década del cuarenta. Pasa que acá después se le dio bola a la historia de Cortázar, que tuvo mucho éxito y no te voy a negar que era bueno, por supuesto, pero Mendolara era una cosa bárbara. Yo sé por mi viejo y por algunas cosas que me acuerdo de chico, viste, de cuando iba con el viejo al bar. Mendolara no la pegó con la literatura porque le tiraba el chupi, si no hoy serían Borges, Cortázar y Mendolara. El tipo contaba unas historias que ninguno sabía de dónde carajo las sacaba, y si se entonaba un poco mejor todavía. En el bar ese que estaba sobre la avenida Suárez, donde ahora hay una panadería, en la esquina, la gente iba para escucharlo a él. Te lo juro. Qué macanas, Betito, mirá si te voy a macanear. Che, éste muchacho que se levantó y se fue recién está hecho pelota, qué le pasó. No digas. ¿Vos decís que tiene nuestra edad? No puede ser. Enfermedad puta esa, che, toco madera. Qué te iba a decir. Bueno, te sigo contando. Cuestión que Mendolara escribía cuentos y Cortázar se los corregía y más de una vez seguro se mamaron juntos. Esa fue la perdición de Mendolara, el chupi. Una lástima, un escritor bárbaro, un tipo imaginativo, conversador. Vos te tenés que acordar, Betito. Está bien que éramos pibes, pero te tenés que acordar. Mendolara era hijo del viejo que tenía la tienda enfrente de la plaza Belgrano, sobre la calle que va para el centro. Cómo que no. Una tiendita de las de antes, que vendía de todo. Tu vieja debe haber ido más de una vez, si ustedes vivían a cuatro cuadras de ahí. ¿Anda bien tu vieja, no? ¿Qué edad

tiene? Y sí, Beto, bastante vivió, pobre querida. Mandale mis saludos, por ahí se acuerda de mí. Haceme el favor, Betito, servime otra copita más. Qué te estaba diciendo. Ah, cuestión que Mendolara trabajaba con el viejo y como este otro era medio vago el viejo lo mandaba a vender a la calle. Yo tengo un recuerdo de verlo vendiendo anilinas Colibrí casa por casa, en una bicicleta negra de esas inglesas, viste ¿Vos de verdad no escuchaste nunca de Mendolara? No puede ser, lo tenés que tener de vista aunque sea. Nosotros éramos pibes, seis, siete años. ¿Nada nada? Bueno, puede ser, qué se yo. La cosa es que este muchacho escribía como los dioses pero no tuvo suerte. Muy alcohólico, pobre. Después tengo entendido que anduvo unos años por Buenos Aires. Se fue para ver si la pegaba con los cuentos. Che, está rico esto, servime un poco más. Entonces, bueno, así fueron las cosas. Recién estaba pensando: ¿Cardozo no vino más, no? Hace rato no viene. Y qué querés, si la mujer lo tiene cagando, pobre. ¿Te acordás cuando lo vino a buscar acá? Qué quilombo se armó ese día. La gorda gritaba que madre mía. Feo vivir así, preso de tu mujer. Yo por eso, Betito, a esta altura de mi vida quiero disfrutar. No te voy a decir que a veces no extraño ir a mi casa y que me espere alguien. Pero la libertad no se negocia, Beto, yo por lo menos no la negocio. En fin, cada uno hace lo que puede. Está rico el tinto, echá un poco más. Eso que a mí el tinto mucho no me gusta, prefiero más el blanco, pero está lindo, livianito. Qué te iba a comentar recién. Se me fue. Ah, del muchacho éste, Mendolara. Yo después le perdí el rastro, viste, mi viejo no fue más al bar y no supo más qué fue de la vida de él. Pero después Mendolara volvió a Chivilcoy, a los siete, ocho años. Parecía un abuelo de lo arruinado. Ahí yo tendría unos quince años y me acuerdo que lo veía caminando por el barrio de la Belgrano medio perdido. Miraba para abajo, hablaba solo. Una lástima. Se tomó todo y no pudo con la vida, viste. Pero era muy bueno, un escritor de los de antes, de esos que escribían medio poético. Y para colmo era charlatán y le gustaba que la gente lo escuchara contando historias. Una voz gruesa tenía. Clarita. Che, Beto, poné el televisor que en un rato juega la selección. ¿No era hoy? Ah, me pareció escuchar en la

radio. Igual a mí me da lo mismo, estos pibes no tienen sangre. Lo miro por el flaquito ese que era de Boca, el feíto, ese sí me gusta, tiene unos huevos bárbaros. Le fue bien en Europa. La millonada que se debe haber levantado, con esa cara. Bueno, Betito, yo me voy yendo, más tarde por ahí me pego una vuelta. Muy rico el tinto ese, comprá más que a los muchachos les va a gustar. Ah, vos sabés, Beto, que recién, entre tema y tema me quedó una duda. No sé si era Mendolara el apellido del flaco. Ahora me entró la confusión de si no era Menéndez. Pero vivía ahí, por tu barrio, de la tienda de Mendolara unas cuadras. Capaz sí era Mendolara el apellido, pero me queda la duda. Vos preguntale a alguno que tenga más de setenta y seguro te va a saber decir. Por qué mentiroso, Beto, no te voy a macanear, no tengo necesidad de macanearte, Betito. Vos qué vas a saber si te pasaste toda la vida atrás del mostrador. Por eso no sabés nada. Chau, Beto, más tarde me doy una vuelta.

# MAÑANA AZAROSA

POR ANA BENEDETTI

La discusión había sido violenta como siempre. Mili clavaba las estacas demarcando sus límites, esos donde yo no podía entrar y listo.

–¡Me quedo a dormir esta noche en lo de Delfina! –había gritado sacudiendo sus rulos y moviendo las manos con sus dedos abiertos y crispados mientras, ya sin ánimo, exhalaba mi último No. Subió corriendo las escaleras y mi mente anticipó el portazo que inmediatamente oí.

–Siempre la misma escena... ¡Dios mío hasta cuándo! –repetí maquinalmente para mis adentros.

El día estaba en su comienzo y nosotras le dábamos la bienvenida con otra de las tantas peleas que últimamente nos habíamos especializado en desarrollar. Mili anticipaba sus caprichosas decisiones y yo invariablemente le negaba los permisos. Ella insistía agregando algunos gritos y pateando o saltando como una rana, mientras, mecánica, mi respuesta se hilaba como un collar de negaciones: no, no, y no.

La conclusión era siempre la misma. Ella salía con la suya y yo, después de llorar un rato, terminaba por imponerme la obligación de olvidar el incidente y guardar en no sé qué lugar del alma la culpa que flotaba inevitable y reiterada.

Sin embargo ese día mi sensibilidad me estaba llevando por otro camino. Mientras bebía mi taza de té y las tostadas, que desde la bandeja trataban de tentarme inútilmente, comenzaron a invadirme recuerdos y dejé que me envolvieran porque me parecía muy grato repasar la vida de esa hija tan amada. Me preguntaba: ¿cómo habíamos desembocado en esta etapa donde como por arte de magia el desentendimiento había reemplazado a nuestras antiguas charlas, el grito se había instalado y la incomprensión nos envolvía a las dos?

Repetí para mis adentros, como si fuera una revelación: tengo que hablar con ella de una buena vez. Tal vez hoy, a la hora del

almuerzo, cuando volvamos a encontrarnos podría intentarlo. Primero le daré el permiso para dormir en casa de su amiga y después... ya veré cómo seguir...

Reconfortada por este pensamiento me apresuré porque estaba cerca de la hora de entrar a mi trabajo. Milagros seguía en su cuarto pero seguramente en unos minutos bajaría para ir a la clase de inglés.

Deliberadamente traté de no encontrarla para no complicar más el asunto y me apuré a subir al auto y marcharme.

Sintonicé una FM que transmitía música clásica y comencé a respirar hondo mientras me concentraba en el manejo porque esos minutos antes de las ocho de la mañana la ciudad se convierte en un caos de tránsito.

Fue entonces cuando oí la sirena de los bomberos. Siempre me intranquilizaba. Si no estaba en casa con Mili cerca de mí, sentía un vacío interior y una morbosa inquietud que me llevaba a precipitarme sobre la radio o prender la computadora rápidamente para saber qué había pasado. No podía superar esa costumbre de pueblo, como la llamaba mi marido, que hacía que las mujeres nos inquietáramos y los curiosos se agolparan en la puerta del cuartel de la calle Pueyrredón para ver salir la autobomba y en algunos casos seguirla. Sentí que el corazón latió muy fuerte cuando se agregó el ulular de una ambulancia. Con mano crispada pasé de la FM a la radio local donde el conductor anunciaba la colisión entre un automóvil y una moto guiada por una joven. Me sobresalté de tal manera cuando oí la dirección que me aferré al volante y frené abruptamente. Alarmada saqué el celular de la cartera y llamé a mi hija. Recibí como una bofetada el silencio del aparato. Arranqué y velozmente doblé en la esquina rumbo al lugar. La idea se había instalado en mi cabeza y me dominaba. Era cerca de la casa de la profesora de inglés y Mili siempre iba en su moto.

Bajé del auto una cuadra antes porque la policía había cortado el tránsito y como una autómatas corrí hacia el lugar. La gente ya se agolpaba y para abrirme paso empujé a algunas personas que me miraron sorprendidas. Una violenta sequedad de garganta me inva-

día y el corazón parecía salirse de mi pecho. De pronto vi en el tumulto que se llevaban a una joven y dando un salto traté de distinguir. Ahí fue que vi un par de botas marrones y sin reprimir el llanto dije en voz alta: no son las de Mili.

—¿Se siente bien señora? —me preguntó alguien. Dije que sí y volví sobre mis pasos rumbo al auto. Por un momento tuve que apoyarme en una pared y calmar mi respiración. Cuando arranqué lloraba sin reparos. Llegué a la oficina como pude y cerré la puerta con llave para no hablar con nadie por un rato. La imagen de la joven herida me doblegaba y el alivio porque no era mi hija me sostenía. Permanecí así hasta que me sobresaltó el sonido del celular. Era Mili.

—¡Qué hincha que sos! ¡Primero me peleás y después me llamás. ¿No sabías que tenía prueba de inglés y apagué el celu? ¡¿Se puede saber qué querías?!

# AHHH...

POR ADOLFO OTEIZA

Dickens. Avenida Sarmiento de mañana, bulevares verdes con alumbrada y árboles de copas navideñas (es invierno) impiden el adelantamiento a los vehículos que van y vienen –algunos pasan dos veces, algunos más (la intolerancia a caminar). Auto de Prosegur frente al Banco Credicop. Espaciales imágenes geométricas. Gente elegante, alguna hasta pintoresca. Toyota Hilux vino rosado (efecto plástico/chapa/aleación). Intento de futurismo en cuatro ruedas. La panchería por un tiempo estuvo cerrada. En la Esso también venden panchos o los vendían al igual que café y sus derivadas mezclas lechosas. Yerba, góndolas con frituras y horneados en envoltorios metálicos; arroz y fideos (supongo) y fiambres tampoco precederos. El cerebro y su asociación fotográfica. Un cuadro abstracto cuelga del bar. Bordó predominante, manchones amarillos invasivos dispersados estratégicamente; praderas azabaches. Bilis. Nunca me operaron. Quizás alguna placa torácica llegó a manos de la artista. Blanco y negro grisáceos en la placa, y ese azul microondas tan atrayente. El resto es resignificar la placa de acuerdo a nuestra subjetividad. Teóricamente no supera a la placa, en lo que a análisis crítico se refiere, como una alacena no supera a un supermercado. Es perversamente bello que una máquina de rayos te muestre tus pulmones hollinados. Nos regocijamos un poco ante ciertas certezas. El embarazoso sermón del Doctor es de ordinario ni siquiera insoportable. Ok. Ok. Lo haré Doctor. Deme mí obra, Doctor, esos pulmones blanquinegros que me pertenecen. Es el bar más tranquilo de Chivilcoy.

–¿Cuánto es?

–25 pesos.

–Cóbrate treinta.

No podría salvar una vida con mis órganos. Bueno, salvo que un especialista me abriese el pecho hasta la vejiga y desde una distancia

adecuada me purificaran con una hidro. Con menos conflictos morales tampoco serían necesarios los donantes, o algo así se sospecha. Ventoso día, mejor caminar por el sol. Lo de estos motociclistas no lo entiendo. Aún no me agradan las armas. La gente en los pueblos nos tomamos las cosas muy personales. Víctimas de las circunstancias. Bueno, qué se yo.

—Raúl, ¿cómo estás?

—¿Qué hacés, querido? ¿Cómo andás, bien?

—Bien, bien.

—¿Cortado en jarrita?

—Chico por favor.

Club Social sector socios. Bastión de la aristocracia que se deja morir. Último café donde se puede fumar.

—Sobrino, ¡feliz cumpleaños!

—Gracias, gracias, Juan. ¿A mi viejo no lo viste? Lo llamé un par de veces y no contesta.

—Fue al banco. Saluden que es el cumpleaños.

Saludos. Apretón de manos. Festividades.

—¿Cuántos cumplís?

Pregunta de mierda.

—28 —a partir del año que viene me comienzo a restar—. ¿Puedo? ¿No arrancaba Del Potro ahora? Ah, llueve.

Qué poco razonable que es la gente. Tampoco sufro necesidades ni estoy a cargo de nada. Bueno, los Juegos Olímpicos merman un poco el neurotismo político generalizado y tienen la ventaja de no ser eternos. ¿Atacará ISIS Argentina? No deberían tener por qué. Crisol de razas. Locos hay en todas partes. No harían la estupidez de atacar judíos. La paliza que les pegaría Israel de involucrarse sería épica, y sin culpa ni pena, porque así se ganan las guerras.

—Ahí está tu hijo.

—Estaba en el banco, feliz cumpleaños.

—Sí, me dijo Juan. Gracias, ¿cómo andás?

—Me tomo un café y comemos algo adelante.

—Dale.

Cena en la quinta de un amigo. Convendría no embriagarme. Reconponer un poco de sustancia blanca. La de Amok una vez ya casi me pasa. Puro melodrama. No puede ser que no tenga el valor de irme.

-Vamos a comer algo

-Dale, ¿qué vas a pedir?

-Algo liviano, ¿vos qué vas a pedir?

-No sé, ahora me fijo, prefiero no comer mucho.

# CORREN LAS SOMBRAS

POR ZULIMA ABRAHAM

Los pies de Aldo Ulises caminan de acá para allá, sueltos en un par de Le Coq blancas con el gallito azul y los cordones desatados. Yo, con un guardapolvo a cuadritos que tiene mi nombre estampado en el bolsillo de adelante, el pelo como cable de teléfono separado por dos colitas, con las zapatillas Le Coq blancas pero con el gallito rosa y con los cordones bien atados, lo espero para que me lleve al jardín de la escuela Normal. Lo miro moverse sin parar. Me mira y no me muevo, quiero ser toda la tranquilidad que le falta. Me sonrío y nos vamos.

Recorro con los ojos cansados el contorno de la lámpara que cuelga del techo, todos sus límites, los mismos que le marcan lugar en el espacio. Desde mi cama, la miro y no le puedo sacar los ojos de encima. Siento como si todos los días fuera una distinta. Me parece escucharlo decir que deje de buscar sombras, porque ahí no existe nada.

Las rendijas de la persiana de metal entreabierta dejan entrar esa luminosidad oscura de las noches tormentosas y sin luna. Se cayeron más de veintiocho días de este mes y sigue pasando el tiempo. El partido de Boca que transmiten por el deco en TyC Sports se ve desde un televisor 15". Dale bo, dale bo. Los nervios hacen que los pies de Aldo Ulises parezcan bailar al compás de la hinchada que escuchamos por la radio. Porque el partido se ve por la tele pero se escucha por la radio.

No había lámparas en la panadería, pienso mirando siempre el mismo techo. Me piden que apague la luz y que me duerma, pero no quiero ni apagar la luz, ni dejar de mirar la lámpara. Pero bueno, apago el velador y me quedo con los ojos abiertos en la misma dirección. Todo es ahora lo que buscaba antes.

Los pies de Graciela pasan desde la cuadra al negocio para despachar, los de Chicho y Juan están alrededor de las zorras mientras engrasan latas y los de Andrea en la mesa de caballetes donde enrolla medialunas.

Las sombras desaparecen en la oscuridad y nosotros nos volvemos parte. No existe lámpara, ni silla, ni placard, ni vos, ni siquiera yo. Cierro los ojos.

Tres golpes en el torno y salimos. Mis hermanos y yo jugamos a la mancha entre las máquinas. Si Aldo Ulises nos toca, tenemos que quedarnos quietos bajo la mesa donde ya tiene la masa lista para empezar a tirar pan por la trinchadora. Chicho lo espera del otro lado con una bandeja de cada costado y va “alcanzando” las tiras. Mis dos hermanos y yo corremos de nuevo, escapamos de abajo del torno lo más rápido que podemos. Ahora, todos los pies se unieron a sus cuerpos y hay risas. Los tres somos la Liga de la Acción y nos juntamos en la harinera a planear cómo esquivar a Aldo Ulises para no quedar atrapados otra vez, porque siempre daba dos golpes rápidos y dejaba el tercero en suspenso por un largo tiempo para dejarnos quietos, aunque sea por unos minutos.

Todos los días subo por la calle Bolívar para ir a trabajar. Tengo la sensación que voy por alguna sierra aunque Chivilcoy sea bien plano. Subo y todo va quedando atrás, como si yo me hiciera gigante y todo lo demás se volviera demasiado chiquito. Una sensación que nace para sobrevivir el día. Estoy, ahora, bajando por la General Rodríguez y por fin va cayendo el sol. Los autos vuelven, vos volvés. El atardecer trae nostalgia. La nostalgia autocompasiva, que me llena de incertidumbre. De todos modos, va quedándose el cielo sin luz. Sigo por la calle de mi infancia y de mi adolescencia. Siempre las mismas fachadas, el mismo saludo. Adiós para un lado y para el otro. ¿Qué tal? ¿Cómo le va? Fermín, Graciela, Gino, Calvo y el chico de Calvo, Josefina y Chiche, la casa de Luli, Beti y Andrea. De la esquina, otro poquito, el almacén de Javier y Marisa.

Vuelvo de la cuadra tocando el machimbre con los brazos abiertos, una mano de cada lado y dando saltitos. Yo me siento feliz y a Aldo Ulises tan cansado. Se terminó el día, cerró la caja con \$60 de cambio, y trae la tira de pan y la galleta tostada para acompañar la cena. Freno y lo espero mientras viene chancleteando por el patio de invierno, silbando siempre la misma canción. Sólo me sale cerrar los ojos y tararearla. Estoy en ese pasillito oscuro y me parece que lo escucho cantar en voz baja: que la vida es un carnaval... no hay que llorar lalala tara tata lalala tara tata.

Ando intentado entender lo de siempre. Dicen que volver al origen no es retroceder, pero antes de llegar a la esquina de la calle 28, cuando todavía es General Rodríguez, freno en la reja negra, abro la puerta, subo la escalera y me quedo donde todo es presente. En esa otra calle, la 28, al n° 130, de la Shell dos cuadras y media para la derecha, seguro que en la vereda larga todavía lo ves, a Aldo Ulises, mi papá, con las Le Coq blancas del gallito azul desatadas, un pie sobre la pared, medio canchero, comiendo un cuernito y otro escondido en la mano, esperando que se haga de día y viendo cómo se corren las sombras a medida que sale el sol.

# DRAMA GAUCHO

POR DIEGO SCARPELLINO

Lo invitaron a ver un prodigio. Había acusado cansancio, ocupaciones, compromisos, pero nada dio resultado. Toda la peonada de la estancia iba a ir y él, justo él, no podía dejar de hacerlo. La noche anterior, mientras comían un pedazo de carne hecho carbón, uno de los capataces había insinuado que el miedo era el único motivo para quedarse en el casco. Le tocó la sangre el comentario. Los patrones habían autorizado, así que la cosa se fue organizando: los caballos estaban dispuestos, la disposición de los hombres estaba a pedir del día.

Se habló en un momento de si era conveniente que fueran las mujeres y los chicos, pero el asunto duró hasta que entró al ruedo la mujer de uno y amenazó con una cuchilla de carnicero al peón que había tirado el comentario (el peón en cuestión era su propio marido, pero ese es otro asunto).

Saldrían después de cumplir con algunas tareas de rutina que no podían dejarse para otro momento.

Esa noche casi no durmió. A media madrugada se despertó por un cigarrillo y lo fue a fumar al patio de tierra. Nunca lo había hecho. Nunca había tenido problemas para dormir. La poesía no era lo suyo pero pudo, parado ahí, apreciar poéticamente la noche de la pampa. En silencio, claro. Si había algo que sabía desde los huesos era que las palabras sobran. O mejor dicho, no alcanzan. Miró la oscuridad del horizonte y no pensó ni en la palabra “oscuridad” ni en “horizonte”. Pudo apreciar el poncho de niebla sobre la cañada y no apareció en su conciencia ni una sola palabra. Sintió (seguro que lo hizo) que ese horizonte, esa niebla, esa cañada, tenían más que ver con él que el viaje que lo esperaba por la mañana y el suceso que lo obligaría esa noche.

Cuando acabó el cigarrillo decidió cambiar la soledad de la intemperie por la soledad del catre. Antes de acostarse encendió un culo de vela. Lo hizo sin pensar, pero apenas la llamita comenzó a

crecer agradeció la presencia de la luz. Quizá así pueda dormir un rato, se dijo. Acomodó un poco los huesos viejos sobre lo que quedaba del colchón de lana y de a poco se fue perdiendo en el sueño (las últimas imágenes que tuvo antes de dormirse fueron la de una mujer que lo había abandonado hacía tiempo, la de un caballo muerto, la del peón con la cuchilla de la esposa cerca del cuello).

La mañana estuvo un poco fría pero la niebla se despejó temprano y facilitó bastante el trabajo. Cuando calentaba la pava para el mate se propuso no pensar más en el asunto, y así lo venía cumpliendo mientras pudo trabajar solo, pero cuando comenzaron a cruzarse en los corrales el tema era el único y no había forma de evitarlo.

Esa mañana movieron los animales y prepararon las bolsas y los canastos porque se venía la juntada del maíz y había que estar preparados para cuando lleguen los carretones. Trabajó con el grupo intentando no ofrecer ni siquiera una mirada que pueda hacer creer a algún confundido que tenía ganas de hablar. Hablar esa mañana era, por supuesto, hablar del tema del pueblo y de la noche y de la carpa. Fue por eso que apenas escuchó que un molino estaba trabado no desperdició la posibilidad de estar solo y se ofreció para arreglarlo, así que allí fue.

Para las once ya todos habían terminado el trabajo y empezaba el trajín de empilcharse para la ida al pueblo. Nuestro hombre lo hizo a los apurones pero con prolijidad. Había calculado que le convenía salir primero para no tener que compartir el viaje, así que apenas terminó con el asunto del molino enfiló para el rancho, se dio un baño a medias, se peinó, se puso la camisa de navidad y el pañuelo rojo y antes que nadie pueda notarlo ya estaba saliendo por la avenida de álamos camino a la cañada.

El viaje no fue acorde a su carácter. La parsimonia que lo identificaba últimamente, y de la cual hacía gala, lo abandonó de forma repentina. A tal punto era la ansiedad (palabra que no conocía) que llegado a medio camino tuvo que buscar una aguada para darle de tomar al caballo que estaba con la lengua afuera. Allí, mientras el caballo bebía, fue cuando tomó real conciencia de lo nervioso que lo ponía todo este tema. Metió la mano en el bolsillo y sacó la papeleta

que había desatado la locura. No sabía leer. Pero le habían dicho que las letras gruesas decían Circo y que las de más abajo decían Podestá. El número del medio, un seis, decían, era la hora del mamarracho, en algún lugar, seguro, estaba escrito Chivilcoy. Circo. Podestá, seis. Chivilcoy.

Tanto más fantástico que imaginar que alguien se atreva a preguntarle el por qué de tanta aversión por el asunto, es imaginar que el hombre se hubiera molestado en dar una respuesta; pero de hacerse el ejercicio mental (sólo mental, tal posibilidad no existió ni empírica ni ontológicamente) el paisano en cuestión se hubiera visto en un verdadero embrollo para contestar. El asunto es que no tenía más motivo de molestia que el consabido miedo a lo desconocido mezclado con una desconfianza ancestral a todo lo que venga de la ciudad. Había también un antiguo recuerdo relacionado con un negro, que un día le había descripto la imagen de un circo. Las palabras que recordaba de ese cuento eran: hombres que son y no son. Hombres que mueren y no mueren. Además, se había enterado que los Podestá en cuestión hacían pantomimas, y como todos sabemos, “pantomimas” en el campo es un insulto (de niño su abuela le decía “no hagas pantominas” cuando hacía un berrinche).

En el asado de la noche anterior había escuchado a uno de los peones decir que los payasos Podestá representaban historias de gauchos y que lo hacían con morisquetas y sin palabras. En algún punto esto lo relajó. No porque lo tranquilizara la disminución del espectro de lo desconocido. Más bien se sintió feliz de que el asunto no esté lleno de voces; si esa noche iba a tener que cargar con las imágenes por lo menos no iba a tener que hacer lo mismo con las palabras. Mejor que no hablen, pensó.

Cuando llegó a Chivilcoy había gente por todos lados. El desfile de caballos y peonada de a pié era interminable. Parecía el día de Todos los Santos pero apenas si era abril. Todos estaban por lo mismo.

Por todos lados se escuchaba que la función estaba por comenzar pero nadie podía dar certezas. Nuestro hombre divisó la carpa apenas rodeó la capilla y encaró derecho y a tranco decidido. Si hay que hacerlo se hace bien y sin vueltas, se dijo.

El picadero (esta palabra tampoco la conocía) estaba dispuesto. Alrededor del círculo de bolsas, pintadas algunas con colores, blanqueadas apenas la mayoría, había una parva de chicos sentados en el suelo. Más atrás las mujeres, y allá lejos, como haciendo un corral, los hombres. La carpa tenía una gran abertura circular en el techo por la que salía el mástil y por donde entraba la luz con precisión, con tal precisión que sólo el centro estaba iluminada, el resto, se ocultaba en las penumbras.

Se acomodó contra uno de los mástiles laterales. Apenas lo hizo se produjo un silencio. Uno de los farsantes había ingresado a caballo mientras otros dos se acomodaban en una silla a jugar a las barajas. Un cuarto hombre con unos vasos y una botella hacía de pulpero.

El del caballo apeó y empezó a hacer morisquetas. Muchos, tímidamente al principio, un poco más sueltos conforme avanzaba la representación, comenzaron a reír y a festejar las payasadas. El asunto cambió cuando de repente el de las morisquetas miró para el lado del público y dijo: Un trago pa' los amigos, paga Juan Moreira.

El silencio en la platea fue atroz. La voz, retumbó de lado a lado como queriendo ser eterna y por un momento (valga la paradoja) lo fue. El fulano que la había pronunciado estaba tan desorientado como el público. Cuando el eco acabó el silencio fue más atroz todavía. Nadie, tampoco el actor, sabían qué hacer con un farsante que de repente comenzaba a hablar. Como la situación se puso espesa el actor se vio en la necesidad de repetir la novedad: Un trago pa' los amigos, paga Juan Moreira.

Nuestro hombre apretó los puños debajo del poncho y por un instante olvidó que hacía años que no cargaba entre las ropas con un facón como Dios manda.

Le habían dicho que era una historia de gauchos pero ahora que ese gaucho tenía nombre la cosa había cambiado y no para bien. A ese nombre lo conocía. Ese nombre era el suyo.

“El payaso habla” gritó uno del público señalando a Podestá. Y estalló la carpa en un aplauso. Pareció como que el actor comprendió el silencio previo, como que supo de qué se trataba y continuó

con la función. Vino, acto seguido, lo que casi todos conocemos: Moreira estafado por un pulpero, torturado por un juez envidioso, traicionado por su mujer, perseguido por la partida.

Hasta aquí, nuestro Moreira, el de éste lado de la escena, se mecía entre lo que veía y lo que sus pensamientos le traían. Se vio (se recordó) cabalgando por la pampa sin patrón y sin destino. Tumbando un cimarrón cuando venía el hambre sin pedir permiso. Comiendo con la indiada sin que nadie lo juzgue traidor. Vagando por las tardes sin tener que buscar un molino roto para encontrar silencio.

La función terminó: Podestá había transformado la arena en magia. El teatro nacional había pasado con un solo gesto del silencio a la palabra.

Moreira (el de la escena) muere acorralado por la partida. Heroicamente. Libre. Feliz por su destino de gaucho mítico. Nuestro Moreira, aunque sin heridas ni sangre siente también la presencia de la muerte, pero sin gloria, sin laureles. Poco le importó que el payaso hable, bastó con saberse ya falto de ese ímpetu.

Cuando salió de la carpa se encontró con el capataz que aprovechó para encargarle tres o cuatro pavadas: un alambrado roto, una vaca preñada que seguro iba a parir a la mañana siguiente, etc. Le dijo que sí, como siempre. Cruzó Chivilcoy lentamente y enfiló para la estancia. Había que acostarse entero y temprano, la jornada de los lunes siempre es la más dura.

# PÚMER

POR DANIEL CASAS SALICONE

En El sur Borges dice: “A la realidad le gustan las simetrías y los leves anacronismos”. A Púmer le pasaba. Siempre. Una de sus vecinas atribuyó a eso su locura. Primero le atribuyó a Púmer la locura. Después, cuando necesitó explicarlo, la atribuyó a las simetrías, a lo que él narraba de las simetrías y de los anacronismos. Púmer vivía sólo con su madre. Salía a la calle como quien huye y luego entraba a su casa como quien huye. Era, su casa, grande y larga como una tristeza. Sus manos eran flacas y blancas como la sal. Y su mirada era aguda y frágil como un violín. A mediados de febrero, el clima de extraña y excesiva humedad no le daba paz. Las manchas en la pared, la fragilidad de sus pulmones, el agua supurando en las baldosas lo carcomían, lo apolillaban, roían su estructura día tras día. Ya había dicho y alguien lo había recogido, que se sentía un intruso en donde estuviera. Pero esa hosquedad atribuida se soliviantaba en la calle. Allí el intruso observaba. Captaba movimientos. Veía con decepción el mundo andar. Y allí, en la calle, ese 21 de febrero de 2012 desde una vereda a otra y caminando exactamente a su par, la vio. Se quedó detenido incongruente, impersonal hasta ya no estar ella ante sus ojos. Unas horas más tarde intentó comprobar algo de lo que creía estar seguro. Al verla, se encontró parado sobre una baldosa que correspondía a la hilera del medio de un total de siete. Su percepción lo ubicaba, además, en la mitad de la cuadra pero imperioso necesitaba comprobarlo. Fue entonces hacia la esquina anterior desandándose. Sintió un leve temblor. Eran sus piernas. Pensó en un viaje de días enteros con el sol torturándolo para obtener aquello que se merece tener. Una incipiente transpiración le humedeció las palmas. Comprobar una percepción era para Púmer un acto alquímico, a cielo abierto, para el cual contaba sólo con sus pies, las baldosas y su inteligencia. Pero las baldosas jugaron en contra de su delirio, cambiaban su dimensión de frente en frente,

no podía, contándolas, evidenciar su intuición. Apesadumbrado pero urgente regresó a su reducto. La misma vecina que lo catapultó a la locura esa tarde volvió a equivocarse, notó un cambio en el andar de Púmer. Creyó que era un paso decidido y firme el que traía, pero luego pensó que no era para Púmer eso de tener un paso firme o decidido. Y se quedó, sin definirlo, con el sólo cambio en el andar. Y esto último fue lo que transmitió. En la habitación de Púmer hay un escritorio de un par de generaciones anteriores a él. Es negro, con manijas esféricas plateadas. Cuatro cajones a la izquierda, uno al medio, cuatro a la derecha. Es la vista de Púmer al entrar. Es su vista al despertarse. En el primer cajón de la izquierda (El sexto D lo llamaba, pues había asumido que se contaban desde el último hacia arriba y pudiendo empezar desde cualquier lado, la letra era la que indicaba por dónde había comenzado) guardaba una cajita de cartón que contenía un abecedario de sellos. A su lado un frasco con tinta y otra cajita, ésta de metal, que contenía una esponja. Esa esponja era la que se embebía con la tinta y sobre la que se apoyaban los sellos. En el Sexto I había un cuaderno que en su tapa negra tenía una insignia de la Armada Argentina. Allí había empezado a escribir un cuento. Soy un labrador, le respondía a su madre cuando ésta murmuraba que la idea de escribir con un abecedario de sellos era de locos. Soy uno de los trescientos, murmuraba retrucándole Púmer. Una mañana un grito entró desde la calle y lo despertó. Molesto vió en su reloj las 7.07. Se incorporó, contó los nueve cajones del escritorio, primero de derecha a izquierda y luego de izquierda a derecha, salió con el ímpetu de quien busca algo que ya conoce. Caminó entre las extrañas hojas atestadas de rocío hasta detenerse en el lugar donde la había visto. Estuvo unos minutos quieto pero nada ocurrió. Volvió como siempre, huyendo. Su vecina transmitió que esa mañana lo notó temeroso, alguien, y no es para menos, debe haberse burlado del muchacho, dijo. Púmer entró en su habitación y fue directo al escritorio. Tomó de los cajones, el abecedario, la esponja y la tinta, el cuaderno, y los ubicó en los lugares asignados. Esta era la idea que quería volcar al cuaderno de la Armada: un día 22 del quinto mes del año 54 del siglo XIX,

trecientos labradores de la Región de la Fe, exactamente de los solares que componían Chivilcoy, se trasladaron a caballo, en carretas y con mulas hacia Buenos Aires a entregar “en sus propias manos”, tal era el objetivo indeclinable, un petitorio que en detalle explicaba minuciosamente “el motivo” de la rebelión que se habían empeñado en realizar. Las “propias manos” no eran otras que las del Gobernador Pastor Obligado y “el motivo” no era otro que obtener para sí las tierras que estaban de sol a sol trabajando, hartos de pagar cánones excesivos, hartos de los maltratos y de las bajezas morales, hartos de los hacendados dueños de esas tierras que para toda la extensión del “pueblo del agua” eran sólo e indignantemente veintiocho. Esa noche, entre la ficción y el rigor, además de continuar con su cuento, extrajo Púmer del Tercero D un libro de matemáticas y sostenido por el meticuloso proceder de sus manos, abrió el libro en el capítulo de las simetrías. Lo subyugaban los detalles que técnicamente lograban trasladar a un objeto o a alguien como en su imagen espejada sobre su plano opuesto. Pensaba insistentemente en la mujer de la calle, la veía en su recuerdo en el lugar donde la vió y se ilusionaba con la idea de poder encontrarla en un espacio simétrico a aquel por donde ella había transitado. Descontaba que había estado en la mitad de la cuadra aquel día, creyó fuerte y artificioosamente en esa posibilidad, se pensó allí y trazó una línea imaginaria entre él y ella en ese momento, entre él y ella un segundo después, entre él y ella dos segundos después y todas hasta el punto en donde dejó de verla. Había logrado marcar en su mente veintidos líneas. Salió de su casa como un halcón con su cabeza cubierta, con sus ojos cubiertos, pero no importaba, sabía a dónde debía ir, confiaba en que esas veintidos líneas lo llevarían a verla de nuevo, sintió que nada había en la ciudad más que él y sus pasos resueltos que lo ubicaron agitadamente sobre el sitio del inicio en la cuarta hilera. Se detuvo, miró por sobre el asfalto, trazó las líneas, vio ese triángulo en donde él era vértice, ella era vértice al verla por primera vez, ella era vértice al verla por última vez. Se emocionó al trazar el lado entre él y ella, el lado entre él y la esquina, el lado entre ella y la esquina. Contuvo la figura en su mente, giró suave y quedó

ahora de espaldas, trasladó mentalmente el triángulo hacia su simetría respecto de un eje que premeditadamente y axialmente era él, se desesperó al ver que la hipotenusa y el cateto mayor luchaban por penetrar la manzana, se abrían paso entre cocinas, camas vacías, patios y espesos jardines, pero ahora más tranquilo, iluminada y libre vio la extensión de los frentes de las casas del cateto menor. Otra vez el halcón, desoyendo la voz de su amo que lo incitaba a volver a casa, a su habitación, a su madre, otra vez el labrador forjando un merecimiento, caminó con sus alas desplegadas la media cuadra, por enésima vez la desandaba, desde la esquina fue a la izquierda, caminaba, caminaba Púmer en busca de su tierra, otra esquina y otra vez a la izquierda y donde creyó encontrarse con la primera de las imaginarias veintidos líneas se detuvo. Delante había tres puertas y tres ventanas. Muy despacio empezó a deslizarse mirándolas, se produjo un vacío, los que estaban salieron de escena, se apagaron los ruidos, se ralentizaron las luces, y entonces nada, en las dos primeras, nada, pero en la tercera ventana, la silueta de una mujer descansaba mirando por sobre un pequeño pocillo sostenido por su mano, miraba algo, un cuadro, que ella misma creaba, un bastidor, un lienzo, ella y su actitud, y esa figura, que Púmer reconoció al instante.

# SABANDIJAS

POR DIEGO ABRAGIANO

El calor en la hora de la siesta es insoportable y parece resaltar el olor que llega desde la curtiembre. Debajo de los árboles de la vereda de tierra, Toto y Javi están sentados en el borde de la cuneta, con los pies dentro de ella. Una cuneta seca, inútil para este verano de sequía. Toto junta bolillas de paraíso en un tarro. Se trepa al árbol de tanto en tanto, tira al piso varios racimos, después se baja y los pela, arrancando las bolillas una por una. Javi está empeinado en ajustar al rulerero el globo que se le ha rajado. Intenta atarle un hilo para que el tajo no avance. Cuando se te terminen no me vayas a pedir de las mías, advierte Toto. Javi no responde. Ambos levantan la vista para el lado de la Echeverría. Han escuchado el ruido de una bicicleta. Delante de una polvareda modesta ven venir a Chicharra. Viene en la camello del padre. No llega a los pedales, entonces viene con una pierna metida por dentro del cuadro, en ese triángulo que forma el cuadro entre el asiento, el manubrio y los pedales. Y así pedalea, sin poder sentarse, con el cuerpo un tanto torcido, casi cómico. El colchón de tierra en que se hunden las ruedas lo demora y lo cansa. Llega empapado de transpiración. Chicharra se baja de la bicicleta y se acuesta acomodando el cuerpo a la forma de la cuneta. Qué calor, dice. Los otros siguen en lo suyo. Otro ruido de bicicleta se mezcla en el aire. Viene del otro lado. Toto y Javi ya saben que es el muchacho que trabaja en el horno de Gutiérrez y que pasa todos los días a la misma hora de vuelta a la casa. Él también está empapado y lleva la remera atada en la cabeza para cubrirse del sol.

Estaría bueno tener una pileta, dice Javi. Chicharra dice que si quieren ir, él sabe donde hay una pileta en la que se pueden meter. Explica que es cerca del Hospital, pasando el ombú, que los dueños no van casi nunca y que él ya fue varias veces con otros amigos. Javi es el más entusiasmado. Toto acepta. Vamos, dice, y le tira a Chicharra en la cara el esqueleto pelado de lo que fue un racimo de bolillas.

Se ríe. Chicharra larga una puteada. Toto va a buscar la bicicleta, una mini roda. Se queja de que está algo desinflada, pensando en que encima va a tener que llevar a Javi en el portaequipaje.

Salen los tres, vestidos sólo con pantalón, sin zapatillas. Los sigue el Cholo, el perro galgo viejo, que estaba acostado en el fondo del patio. Chicharra va enredado en el cuadro, Javi parado en el portaequipaje agarrado de los hombros flacos de Toto. El colchón de tierra por momentos es demasiado espeso. Si yo tuviera una quinta con pileta iría todos los días, dice Javi.

Pasan las primeras cuatro cuadras, vacías de casas, con quintas cavas, un monte chico de eucaliptos. Frente a la casa de la vieja Cardillo, Toto hace una seña a Chicharra para que pare y saca del bolsillo un puñado de bolillas de las que ha estado pelando. Reparte un poco a cada uno de los otros y dice: ahora. De la mano derecha de cada uno parte un desparramo de bolillas que van a estrellarse sobre el techo de chapa. Lo hacen cada vez que pasan, es casi un ritual para Toto y Javi, en el que ya han iniciado a Chicharra. Puede ser un cascote, mandarinas verdes, algo que hayan encontrado tirado o bolillas de paraíso como en este caso. Les gusta que la vieja salga cuando ellos ya han escapado y les grite. Ya los voy a agarrar sabandijas, grita la vieja. Siempre les grita lo mismo y a ellos les causa gracia la palabra sabandija. No les molesta. Distinto es cuando en la escuela les gritan paraguas. Eso no les gusta. Paraguas, les gritan a veces a Toto y Javi. Ellos se han cansado ya de explicar que son argentinos y más de una vez, entre los dos le han dado una paliza a alguno que los jodía con eso.

La mamá es paraguaya. La trajo al barrio aquel cordobés que vino a trabajar al horno de Gutiérrez; que se armó la casa con los ladrillos rotos que le regalaba el patrón y que después del nacimiento de Javi, una madrugada salió con un bolso para el lado de la avenida y nunca más apareció.

Chicharra nunca les dice paraguayos. Se respetan. Por eso ellos, Toto y Javi, no se prenden en ese chusmerío que han hecho correr en la escuela. Que el Chicharra afana, dicen. No te juntes con el Chicharra porque afana.

Unas cuadras más adelante, cerca del Lago, Chicharra propone tirar bolillas en otros techos. En este barrio no, dice Toto. Es que en una de esas casas vive la Bruja. Así le dicen ellos. Es una correntina, amiga de la madre. La que le salvó la vida a Javi, cuando todavía gateaba y se tragó una bolita japonesa. La madre se dio cuenta de que el chico no podía respirar, empezó a darle golpes en la espalda para que largara la bolita pero no había caso. Gritaba la madre, se desesperaba. Lo ponía cabeza para abajo agarrándolo de las piernas y nada. Y justo aparece la Bruja, que de casualidad o no andaba por ahí, y con toda tranquilidad pide un pedazo de hilo o de cinta. Lo pone alrededor del cogote del Cholo, el galgo, que también observaba la escena. Pone la cinta como midiéndole el cogote flaco y luego, cerrando los ojos y pronunciando una y otra vez añamemby, añamemby, con esa misma cinta rodea el cuello de Javi, que inmediatamente escupe la bolita en medio de una arcada. La madre y Javi lloraban, Toto y el Cholo miraban sin entender mucho, la Bruja seguía tranquila. Ya pasó, decía.

Llegan a la quinta. Está bastante aislada, la casa más cercana está en la otra punta de la manzana. El resto es baldío, con pastizales altos y algún que otro árbol. El Chicharra dice que hay que dejar las bicis en la parte de atrás, del lado de afuera del alambrado. Por si llegan los dueños y hay que rajar, dice.

Además de la pileta hay una casa chica, bastante nueva o al menos recién pintada. Saltan el alambrado y corren derecho a la pileta. Es una pileta enorme y celeste, construida a ras del suelo. Chicharra advierte: no se metan de acá para allá. Nos tapa, tiene como tres metros, dice. Javi pega un salto para caer en el agua. Toto se mete despacio, se sienta primero en el borde y después se larga. Antes ha vaciado los bolsillos de bolitas y algún cascote que traía. Los deja en la orilla. A Javi el agua le llega al pecho, y a Toto algo por encima de la cintura. Gritan, mueven los brazos levantando agua para salpicarse mutuamente. Se tiran de panza. Javi se tapa la nariz con los dedos y mete la cabeza abajo. Toto junta agua en las manos y se moja el pelo. Recién entonces reconoce el olor a cloro. A que no abris los ojos abajo del agua dice Javi y se larga en otra

zambullida. Toto se trepa al borde, toma un poco de carrera y salta desparramado dando un grito. Se asoma después, pasándose las manos por la cara para poder ver. Se ríe. Vení a meterte, grita Javi a Chicharra, que desde que llegó ha estado mirando la casa, tocando el picaporte de las puertas, tratando de ver por las ventanas. Ahora se ha subido a un balde y espía por el ventiluz del baño. Ya voy, dice.

En unos pocos minutos el cielo se ha nublado por completo. Son nubes negras, de tormenta. No ha cesado el calor, pero al menos, el sol ha dejado de quemar. Siguen jugando, ahora los tres metidos en la pileta. Se ríen de Javi que cuando se tira de cabeza desde el borde, el choque con el agua le hace bajar el pantalón. Toto por momentos se queda quieto, se agacha un poco para que el agua le llegue hasta el borde de los labios y trata de sentir cómo lo envuelve, lo refresca, lo acaricia desde los pies hasta el cuello. Una sensación que nunca antes ha tenido. Se oyen truenos. El cielo está cada vez más oscuro y ha comenzado a haber unos remolinos de viento. Chicharra hace una seña. Viene un auto dice. Chicharra dirige los movimientos, los otros lo siguen. Le ha tirado un cascotazo al Cholo para que se aleje. Los tres se ponen de espaldas contra el borde que da al portón de la quinta. Se agachan para que las cabezas no se vean desde afuera. Javi y Toto están asustados. Se oye el ruido del motor cada vez más cerca. Si frena, dice Chicharra, salgan rajando para las bicicletas. Toto piensa que van a ver el agua moverse y sospecharán. En voz baja les dice a los otros que no se muevan. Podría ser que no fueran los dueños, que fuera gente de otras quintas que se vuelve a la ciudad por la tormenta. Pero quién sabe. Se dibuja un rayo y estalla un trueno en el medio del cielo. Toto está temblando. No quiere temblar para no mover el agua. El ruido del motor se siente cada vez más cerca, el auto viene despacio. Lo perciben ya frente al portón. Toto imagina caras que desde dentro del auto miran cómo se mueve el agua. Pasa de largo.

Retoman los juegos. No les importa la tormenta. ¿Cómo puede ser que tengan una quinta y no la usen? dice Javi. Chicharra tira una piedrita que antes ha mostrado a los otros y juegan a buscarla, zambulléndose, entrando y saliendo para tomar aire. Paren un poquito que tengo que salir a echar un meo, dice Chicharra, y se va detrás de la casa. Toto, agitado, aprovecha para a descansar. Pone los brazos

cruzados en el borde, sobre ellos apoya la pera y con medio cuerpo metido en el agua mira el cielo. Mira las nubes negras. En algunas de ellas se ven refucilos en el interior. Luces que se prenden y apagan encerradas en nubes. Ahora en aquella que se parece a un árbol, a un árbol negro, ahora en esa otra que tiene la forma de un fantasma. ¿Dónde está Javi?, dice Chicharra que ha vuelto. También ha vuelto el Cholo y anda olfateando alrededor de la casa. Toto se da vuelta. No lo ven, no se escucha. Lo llaman. Sospechan que se ha escondido. Chicharra sale de la pileta y va de nuevo hacia atrás de la casa. Acá no está, grita. Toto se para en el borde de la pileta y empieza a mirar hacia el agua. A mirar hacia donde el Chicharra dijo que había más de tres metros. Comienza a llover.

Es un chaparrón fuerte. Las gotas enormes que caen en el agua no dejan ver más allá de la superficie. ¡Javi!, grita Toto. Chicharra se mete agarrándose del borde. Sin soltarse hunde la cabeza en el agua y trata de mirar. ¡Javi!, llama Toto. Hay que ir a buscar a alguien que sepa nadar, grita Chicharra. Salen los dos hacia el fondo de la quinta. Toto se da vuelta para mirar otra vez la pileta. Saltan el alambre y corren rumbo a la casa en la otra punta de la manzana. Corren porque las bicicletas no sirven en esos pastizales. Toto ha empezado a llorar. Ojalá que el auto que pasó antes de la lluvia no hubiera sido de esa quinta. En el borde de la pileta, el Cholo, el galgo viejo, se ha sentado sobre sus patas traseras y estira el cogote mirando hacia el agua. Mira fijo. Aunque las gotas enormes que siguen cayendo no lo dejan ver más allá de la superficie.

# LOS DESCENDIENTES

POR NÉSTOR GONZÁLEZ

Era un día de verano en la ciudad natal que me vio nacer pero no morir, más precisamente Chivilcoy. Era tiempo en que muchos chicos comienzan a ir a las colonias de verano. Quien tenía la posibilidad de ir era un privilegiado, quien no, se las ingeniaría buscando alternativas. Nosotros, hijos de padres que se conchababan en lo que venía para traer un plato de comida a las doce y que a la noche cenaba quien trabajaba, nos conformábamos con una taza de mate-cocido con leche esperando la mañana siguiente para desayunar en algún comedor que en los noventa abundaban en el barrio. Así, no teníamos otra opción que ingeniárnosla. Nos disponíamos a fijar un punto entre todos y discutíamos qué hacíamos, si íbamos a cazar palomas al cementerio, pues era un lugar de excelencia para atrapar pichones y luego criarlos o comerlos asados, o si íbamos a la cava a chapotear. La cava era un lugar donde se extraía la tierra para los hornos que cuando llovía se llenaba de agua y nosotros la usábamos para apaciguar el calor que era infernal. Siempre se votaba por ir a la cava.

Muchos del barrio compartíamos el mismo establecimiento educativo, es decir, la escuela número doce Hipólito Yrigoyen; y otros iban a la escuela número tres o a la treinta. El grupo se conformaba por Juan de Dios, Alberto, Omar, Lucas, Pablo y yo, Adrián. Ya habíamos organizado para ir a playa escondida, que era como la llamábamos nosotros. Pero de escondida tenía el nombre porque era muy concurrida por distintos chicos de distintos barrios de la periferia de la ciudad. A eso de las diez de la mañana aparece Juan de Dios.

- Che, no voy a poder ir.
- ¿Por qué? -pregunté.
- Me surgió un imprevisto.
- ¿Cuál?

–No tengo pantalón corto, se lo tuve que dar a mi hermano para que vaya al centro con mi vieja.

–Yo te presto uno, pero te metes en calzoncillo.

Sin mayor opción optó por aceptar mi propuesta y se volvió corriendo a su casa para regresar más tarde con los que faltaban. Mientras tanto, yo alimentaba mis palomas que había atrapado unos días atrás en el cementerio. Eran mi anhelado tesoro. Luego las podría cambiar por otras o seguro aparecería algún desprevenido que me insistía a permutarlas por un frasco de bolitas o la figurita más difícil. Mi interés por las figuritas me hacía cambiar rápidamente de opinión y ahí nomás hacíamos negocio: una paloma por cuatro figuritas. De repente siento un cascotazo en el techo, era la señal para escaparme de mi vieja y tomar la iniciativa para unirme al grupo. Al salir me encuentro con Juan de Dios, lucía el pantalón que años atrás me había dado mi hermano ya que a él le quedaba chico y yo era el privilegiado de usar sus ropas. Eran momentos duros, de inestabilidad económica y precarización laboral a rolete. Y nosotros pagábamos las consecuencias. Pero en ese momento no nos preocupaba, solo queríamos ir a la cava y que mi vieja no me enganchara si no flor de paliza me comía. Pero eran riegos que uno se tomaba para poder lograr su cometido.

–Hoy no tuve tiempo de nada –decía Alberto mientras me sumaba al grupo–, me mandaban de acá para allá haciendo mandados.

–A mi no me gusta hacerlos, ¿a ustedes? –preguntó Pablo.

–Me da todo lo mismo –respondió Lucas, indiferente.

–A vos todo te da lo mismo –le dijo Omar.

–Bueno, muchachos –los frené–, por algo somos los más chicos y ellos son nuestros padres.

–Eso es cierto –me acompañó Juan de Dios–, por eso yo siempre cuando mi viejo me manda a comprar un vino fiado, compro dos. Y me guardo uno para Argentino.

–Un día de estos te va a enganchar tu vieja y te va a dar una biaba –dijo Omar.

–Pero linda guitarreada me voy a escuchar por un vino –respondió Juan de Dios riendo–. Que le va a ser una mancha más al tigre.

–Vos siempre “al mal tiempo buena cara”, Juan –dijo Pablo.

–Y si me agarra mi vieja a mí por escaparme –dije riendo–, preguntame y después te cuento.

Argentino era un hombre que vivía en una tapera cerca del basural y a unas cuadras de donde nosotros íbamos a chapotear. Era la calle obligada y deseada por nosotros, ya que era un muy buen guitarrista y siempre cantaba canciones de Guaraní. No le pidas otro cantor porque te echaba a patadas y te tiraba el vino por la cabeza. Siempre nos decía: “a mí me duele el dolor de aquellos que matan con hambre su coraje”, y se echaba a reír y nos decía que pasemos.

–No se cohíban, si no van a quedar como yo y luego les dirán que tienen oligofrenia, los doctores, que para algo han estudiando tanto –nos recibió Argentino riéndose a carcajadas.

–¿Qué significa? –preguntó Juan de Dios.

–No sé ni me importa.

–Es la deficiencia mental –aclaró Alberto.

–¿Cómo aprendiste eso? –volvió a preguntar Juan de Dios, interesado.

–En una revista de ciencias médicas que encontré en el basural.

–Pero, ¿cómo te lo aprendiste? –preguntó curioso Pablo.

–Me llamó la atención y de tanto leerlo me quedó.

–Bueno, basta de charla –cortó Argentino–, traigan el vino que empieza la función.

–Serví el vino, Juan –le pidió Omar.

–Denle, así después nos vamos a playa escondida –apuró Lucas, abriendo la boca por primera vez.

–Cantate “La villerita” o “Perdón, doctor” –pidió Alberto.

–Les canto y se dejan de joder.

–Eh, yo traje el vino y no pude elegir el repertorio, ¿cómo es esto? –dijo Juan de Dios, enojado.

–No empiecen porque no canto nada.

–Hacele caso así nos vamos –volvió a apurar Lucas.

–Bueno –dijo Argentino–, elegí una vos, Juan, y otra vos, Lucas, así no hacés el que te querés ir.

–“Estos minutos de espera” –pidió Lucas, riendo.

–“Nosotros los cantores” –eligió Juan de Dios.

Luego de un rato nos despedimos de Argentino y nos fuimos corriendo carrera hasta la cava. Al llegar nos descalzamos y nos sacamos la remera, era tanta la emoción que pasé por alto la recomendación que le había hecho a Juan de Dios de sacarse el pantalón corto. Así comenzó la alegría tan deseada por nosotros. Era nuestro edén. La pobreza en carne propia, diría mi tía.

# MARTES

POR FABIÁN CLAUDIO FLORES

Era martes. Odio los martes. Odio los martes de junio y sobre todo si no hay (al menos) un poco de sol. Y en este tedioso pueblo, pocas veces se asoma.

Esa mañana la vieja me despertó un poco más temprano que de costumbre, con una mirada extraña y los ojos más huraños. Casi no dijo nada; sólo me balbuceó: “se colgó otro” mientras me tiraba La Razón sobre mis pies, al borde de la cama.

Miré a un costado y vi entre las cortinas opacas por el tiempo que todo lucía gris. Miré hacia el otro y, como todas las mañanas, le pedí al Gauchito que me ayude a seguir. Creo que hasta él está cansado...

Después tomé coraje para levantarme. No podía permitirme que todo siguiera igual.

Al rato, volvió la vieja con los últimos cincuenta pesos del mes y me pidió que fuera a comprar dos leches y medio de pan al almacén del Beto, ahí en la Circunvalación. Por momentos pensé en decirle que no, pero después recordé que este martes no iba a ser un día más, y que no podía desaprovechar más las oportunidades.

Por más que era martes, igual pensé en vos. Pensé más que nunca, o mejor dicho como siempre. Ya me estaba acostumbrando a pensarte, añorando el sabor agrio del último beso (que fue un martes) después de fumar un último pucho regalado, en la Terminal.

Me había despertado recordando aquella primera noche que te cruzaste en mi camino, en vísperas del fin de año. También era un martes; salías del baño de Ozono con todo el sudor y el alcohol a cuestras. No pude dejar de mirar esos ojos y ese pelo que me incitaba a la aventura. Vos también me miraste, aunque lo sigas negando. No pudiste evitar desear mis tetas que asomaban de la musculosa blanca profanada de cerveza. Después te perdí entre las luces, la noche y los cuerpos que crujían al ritmo de la cumbia.

Quisiera maldecir aquella noche con mi angustia contenida; pero no puedo. Me quedé más de una hora esperando en la puerta para verte salir. Tu desdén me azotaba el alma, pero mi esperanza y borrachera eran más fuertes. Cuando saliste a los tumbos con las primeras luces del día, mis ojos se clavaron en tu escote, en tus ojos y en tu pelo (como cuando te escabulliste en el pasillo del baño). No dudaste en irte conmigo, aunque eso también lo sigas negando.

Me guardo ese comienzo. La violenta entrada clandestina al predio abandonado de la Glaxo en las primeras horas del día y el frío que erizaba tus pezones y los hacía más sugestivos aún. Los besé con desmesura mientras la calentura aumentaba sin parar. Jamás podría olvidar esa invitación al deseo. La mezcla de transpiración y el perfume de la noche eran la excusa perfecta para la tormenta de besos y manoseos que vino de después. Hoy eso parece lejano, o no tanto, porque lo sigo inmortalizando en mi ritual onanista.

Ese martes arranqué a la vida pasadas las diez. Los planes eran pocos pero firmes. Tomé tres mates amargos y hui.

Caminé mucho ese martes. Salí de la casa padeciendo el paisaje contorneado por un cielo muy gris, plumizo. La última torre en pie de la Lequeyo custodiaba el silencio de ese día de invierno; y el frío, ese puto frío que siempre me vincula a vos. El frío de la primera madrugada en la fábrica desmantelada, el frío de las noches de lujuria en los descampados de la de Tomaso y el frío de aquella tarde, cuando sin anestesia planeaste la despedida.

Transité diez cuadras en silencio, pura afonía interior. Pasé por la terminal solo para ver esas paredes gastadas por la desidia, esos negocios detenidos en el tiempo y el banco donde me senté a ver irte; porque vos te fuiste, o mejor dicho quisiste escaparte de la maretá pueblerina. Me quedé contemplándolo unos minutos y seguí. Ya no había vuelta atrás, o al menos es lo que pensaba en esos instantes, parada sola en la terminal rodeada de recuerdos en otro martes de mierda, atestada del hastío chivilcoyano.

El ladrido de un perro interrumpió mi trance y entonces continúa la ruta. Cumplí con los mandados que le había prometido a la vieja y me fumé un pucho en la plaza Colón, sentada en un banco

observando las letras caídas que borraban la identidad del lugar. Las “L” pendía de un hilo, la “C” estaba invertida, y la “Z” era una “N”; sin embargo resistían los embates del viento, de la lloviznas de julio y de algún que otro pelotazo de los pendejos que se atrevían a jugar al fútbol. Las miré, y al verlas me sentí reflejada en ellas. Mi vida era un poco todo eso y más, pero el arco que las contenía (y que me contenía) seguía siendo el recuerdo de tu existencia, la dialéctica entre la bronca y el éxtasis de que te hayas cruzado en mi vida.

Diez minutos después aplasté el pucho con la punta del borrego y decidí sanarme. Ya estaba decidida. Di dos vueltas a la Colón pensando una y otra vez como cerrar este capítulo. El viento de esa tarde inclemente me pegaba en la cara, tanto como a la bandera nacional que no paraba de flamear en el patio de la escuela 5. Me detuve un momento a mirarla, a ver como resistía los asaltos de esas ráfagas y a envidiarle su hidalguía.

Pasadas las cuatro y cuarto arremetí hacia el destino. Caminé a paso firme la cuadra y media hasta que pude ver un abarrotado conjunto de objetos que me señalaban el fin, o mejor dicho el comienzo del fin. Un rollo de manguera, dos regaderas brillantes, latas de pinturas y una reposera vacía. Me detuve un instante a contemplar ese escenario, y ahí volviste a mi mente, y tu pelo, y tu sonrisa y tus tetas y tus besos y tu todo.

Entonces seguí sin poder entrar a “Villafañe”. Después de todo no creo que dos metros de sogá y un salto hostil pudieran cambiar algo de todo esto. Como decía la vieja: “la procesión va por dentro”, muy adentro. Y ahí no hay nada ni nadie que la pueda detener.

# TREN CHINO

POR EMILIO ANDRÉS BRITOS

## I

Ese verano el Río Salado estaba rebalsado por todos lados. Por esos días se desmoronó un puente de la vía y un vagón del tren chino quedó varado, vaya a saber por cuánto tiempo. Y La Chanchería, al ser el punto de unión de varios canales, lagunas y un sector donde el río se ensancha, tenía un aspecto imponente.

Estábamos levantando campamento. Ya había limpiado las tarariras más grandes, para llevar. Con las chicas y las medianas hicimos devolución. Mientras algunos cargaban las cosas, se me ocurrió probar mi puntería con la carabina 22. A una distancia considerable se asomaba un pedazo de chapa que sobresalía del agua.

Me acosté en el pasto y realicé dos disparos. En el primero me quedé corto -la bala picó en el agua, metros antes de la chapa-; y el segundo se fue a la mierda. No podía resultar de otra manera, siempre fui de madera con las armas.

## II

Más temprano, a kilómetros de ahí, El Tano y El Pelado estacionaron su camioneta al lado del camino. Cuando terminaron de bajar y acomodar las cosas eran las cinco de la madrugada.

Salieron con sus kayaks por el arroyo de un campo rumbo a un gran claro rodeado de juncos, que sabían era el lugar ideal para la tarucha. Remaron bastante por un segundo arroyo. Entraron a un canal profundo. Corriente a favor, con envión, cruzaron por encima de un alambrado tapado por el agua, esquivando los postes.

Al llegar al claro, se incrustaron entre los juncos porque la corriente los llevaba para el lado del río.

Hicieron una panzada, como suele decirse en la jerga de la pesca.

A eso del mediodía se levantó viento y había aflojado el pique. El Pelado entendió que era momento de pegar la vuelta. Le gritó al Tano un par de veces, pero su amigo no lo escuchaba. Tenía viento en contra. Además se había alejado bastante y estaba tapado en parte por los juncos.

De repente la caña del Pelado pegó un tirón bárbaro. La boya desapareció. Por la resistencia que ofrecía, parecía grande de verdad. Era enorme. La agarró bien fuerte de las agallas y le sacó el anzuelo. Se dio vuelta con intenciones de mostrársela a su amigo pero no lo vio por ningún lado.

### III

Dos meses después estoy pescando en el Puente Viejo. Buzos tácticos y bomberos de la zona buscan un cuerpo o dos. Estoy al lado del puente. Miro al río correr. Está atardeciendo. Ahora el sol no agrede, todo lo contrario. Me picó la boya verde, la traía, era grande, a dos metros de la orilla pegó un salto y se desprendió del anzuelo. Depredadora preciosa, en el fondo quería que siga viviendo.

No traje linterna. Es hora de recoger. Salí por el camino de tierra hasta la Ruta 30. Doblé a la izquierda.

A la pasada, frené en la estación de servicio de la entrada de Moquehuá. Me quedé viendo el surtidor, me recuerda a los de las gasolineras que aparecen en las películas de carretera norteamericanas de la década del setenta. Compré una lata de cerveza y un Lucky Strike.

Hay algo extraño en todo esto. No siento culpa. Al fin de cuentas fue un accidente. Y nadie sospecha qué ocurrió aquel mediodía. Además, cuando la violencia te roza, uno comienza a familiarizarse con ella. Eso lo iba a corroborar posteriormente. En sucesos que en este momento no vienen al caso.

La cuestión fue que prendí un cigarrillo. Abrí la ventanilla, entraba un aire perfecto. Levanté el volumen, sonaba Ghost Riders in the Sky de Jhonny Cash y manejé tranquilo rumbo a Chivilcoy.

En medios locales y provinciales salió la noticia. Dos pescadores de nacionalidad boliviana fallecieron en El Salado. Por lo que se sabe, estaban pescando en los desbordes y uno cayó al cajón. El otro, con la intención de socorrerlo se tiró, no pudo siquiera tocarlo, el cauce era demasiado veloz. Intentando volver, contra la corriente, cuando tenía el agua hasta el pecho, murió de un infarto.

Ya son tres las víctimas este año, ya que aún no han encontrado el cuerpo de Antonio “El Tano” Moretti. Arrastrado por el río mientras pescaba en las inmediaciones de La Chanchería, hace dos meses.

# LA NO CLASE

POR FRANCO ACCOMO

Chivilcoy, marzo de 2009. Escuela Normal. El timbre suena. Alguien escucha. Los alumnos entran al salón. El profesor, ya sentado, da vuelta un reloj. Una clase puede ser un mundo, por el simple hecho de ser y de estar dentro del mundo. La arena comienza a caer, el tiempo sigue. Nunca se detuvo. Hasta la creación de ese reloj ha consumido algo de tiempo.

–Alumnos, ¿qué es para ustedes el tiempo?

Era el primer día de escuela, clase de geografía. Los alumnos se miraban. Una niña levantó la mano:

–Yo, profesor.

–Sí, Julia, dime.

–El tiempo es de cada uno, suelo ir detrás de lo que siento y necesito ahora, porque hoy es ahora siempre. Todos deberían tener su tiempo para cada uno.

Allí atrás, en donde se sientan los aventureros, existe el amor.

–Una gota de agua para no secarse ni evaporarse se sumerge en el océano.

–Estamos cada día más lejos de la orilla tú y yo.

–Nunca hice pie.

–Ni yo fui gota.

–Ni yo fui océano.

–El desierto es un mar sin agua.

–De evaporarse esa gota será luego arcoíris en algún lado.

–Por favor, dejen de charlar ustedes dos –dijo el profesor.

–Perdón, sólo quería saber si un arcoíris cabe en una gota.

–Pero eso es como preguntar si un arcoíris cabe en dos ojos. O dónde termina.

-Sí, yo lo sé. En una taza de té irlandés.

-¿En el sentido del tiempo?

-Así es, lo que crees creas.

-Sigamos por favor. ¿Quién sigue? ¿Qué es el tiempo? ¡A ver!

-¡¡Yo!!

-Dime, Abril.

-El tiempo es vida, y la vida no es más que tiempo. Lo necesitamos para ser simples, para dar un abrazo. También lo necesita una semilla, la palabra, un pincel, una mandarina, un sueño para salvarnos, el orden, un túnel sin salida, el camino marcado, una tarde en el río, una carpa en el mundo, un beso en el ojo, pájaros que nos llevan hacia otro lado. Todo necesita del tiempo, sobre todo la espera.

-Eso mismo, Abril, la vida no es más que tiempo en un bolsillo para cumplir nuestros sueños.

-¿Y cómo lo imaginas?

-Lo imagino como un sol de agujas.

¿Quién está rescatando a quién? Es que confundió los bordes de su propio agujero con el borde de la ventana de la salida, que a su vez oficiaba de opcional orificio de entrada. El rescatado suele ser el que una vez que entra logra salir, al igual que el que sale y una vez entró desde afuera hacia adentro, para luego solidariamente salir hacia afuera.

-Para mí es un lugar, dijo Lucas. Si no hay puertas, no hay lados. Ambas son por la existencia de la otra parte. Como la naranja y el mundo que está fuera de ella.

-Llamar a la puerta serviría de algo si la tuviéramos entre nosotros dos. Por ejemplo, si estuvieras dentro podrías golpear y yo podría abrir para que salieras.

-Yo quisiera ir al lugar en donde entonces sea mucho tiempo - dijo Abril.

-¿Y para vos, Pablo?

-Yo no sé lo que es una uva celeste, mucho menos a dónde quiero ir.

-¡Pero estamos hablando del tiempo!

-Yo no, profesor.

Otro alumno levanta su mano y cita a Borges:

- "Con la arena se nos va la vida".

-Exacto, todo es tiempo, sólo que el tiempo no nos da tiempo.

¿Estará llegando el día o la noche? La clase continúa.

-Creo que somos el espacio que hay entre dos segundos -dijo Chiara.

-Alumnos, vean hacia dónde nos conduce una pregunta sobre algo que desconocemos, sobre todo sus límites. El tiempo existe desde antes que exista el tiempo. Quiero decir que todo comienza o termina y ni siquiera lo notamos. El hombre le puso una medida porque necesitaba que las cosas terminaran para sentirse completo. Necesitamos de los finales para saber que hay un nuevo comienzo. La cosa ya es parte de la cosa. Acá o allá. Yo me pregunto: ¿Dónde estoy? ¿Dónde es acá? Por lo que jamás sabríamos dónde es allá. Que a su vez puede ser tu acá o tu allá.

-Quiero irme de allí -le dijo a su amiga.

-Ya estás ahí.

-La respuesta correcta es en mi ahora.

-Yo tengo mi nada y la nada tiene partes que no están aquí.

-¿Y en dónde está el tiempo? -preguntó el profesor.

-Eso es como preguntar cuál es el color invisible, profesor.

-¡Yo lo sé! El transparente -dijo Abril-. Y me enamoré para siempre, o para hoy.

-Tenemos pendiente un té con palabras.

-Si miras fijamente todo se mueve. Nada más actual que el pasado.

-¿Y qué hora es en el mundo, profesor?

-Todas.

-¿Y a dónde estamos yendo?

-Hacia todos lados, sólo que llegamos a uno. Estamos casi en ningún lugar. No así lo invisible, que está en casi todas partes.

-A la mujer que amo yo le preguntaría: ¿Hacia dónde no vamos?

La respuesta es casi infinita. Al menos robaríamos ese tiempo de ella para quedárnoslo.

“Te amo”, me dijo.

–Estamos a tiempo, tenemos que volver a ser quiénes éramos y, por qué no, volver a ser

quienes nunca fuimos. Los cambios no son milagros que suceden al instante.

El amor todo lo abría, nuestra escuela era la vida. Y era luz mezclada con aire. Elecciones que podían no ser.

Ya no hay más arena sobre la arena. Pero todo sigue, tal como si nada hubiera comenzado.

El sol ha dejado su saludo en el sombrero de las hojas.

¿Retuviste tu sueño?

¿Cómo vamos a hacer para estar más cerca?

Estoy llegando. Vamos haciendo.

Estamos siendo.

El timbre suena. El profesor mira su reloj.

–Alumnos, ya no hay más tiempo. Comencemos la clase.

# ÍNDICE

CHIVILCOY. POR JULIO ANDRÉS FRASCINI . . . . .	PÁG. 5
CHVILCOY, EL VIENTO Y LA SEMILLA. POR ALBERTO RUGGIERO . . . . .	PÁG. 7
CIUDAD CON ALMA. POR JULIA GUZMÁN . . . . .	PÁG. 11
Y LA ORQUESTA SIGUIÓ TOCANDO. POR PATRICIA E. GRAZIADEI . . . . .	PÁG. 13
LA QUINTA. POR MIRTA SANTUCCI . . . . .	PÁG. 17
UNA FOTO EN BLANCO Y NEGRO. POR JORGE A. GIALLORENZI . . . . .	PÁG. 19
TRAVESURAS MILITANTES. POR GUILLERMO PINOTTI . . . . .	PÁG. 21
EN ELLA, MIS MEJORES RECUERDOS. POR MELANY DABI . . . . .	PÁG. 23
MAMELUCO AZUL. POR CLADIA M. SALOMÓN . . . . .	PÁG. 27
CONEXIONES. POR CLAUDIA M. ROLANDELLI . . . . .	PÁG. 29
ABELIA. POR ELENA CAGGIANO . . . . .	PÁG. 33
CADA UNO HACE LO QUE PUEDE. POR ANDRÉS PINOTTI . . . . .	PÁG. 35
MAÑANA AZAROSA. POR ANA BENEDETTI . . . . .	PÁG. 39
AHHH.... POR ADOLFO OTEIZA . . . . .	PÁG. 43
CORREN LAS SOMBRAS. POR ZULIMA ABRAHAM . . . . .	PÁG. 47
DRAMA GAUCHO. POR DIEGO SCARPELLINO . . . . .	PÁG. 51
PÚMER. POR DANIEL CASAS SALICONE . . . . .	PÁG. 57
SABANDIJAS. POR DIEGO ABRAGIANO . . . . .	PÁG. 61
LOS DESCENDIENTES. POR NÉSTOR GONZÁLEZ . . . . .	PÁG. 67
MARTES. POR FABIÁN CLAUDIO FLORES . . . . .	PÁG. 71
TREN CHINO. POR EMILIO ANDRÉS BRITOS . . . . .	PÁG. 75
LA NO CLASE. POR FRANCO ACCOMO . . . . .	PÁG. 79

## **AGRADECIMIENTOS**

Al equipo de la Secretaría de Cultura, Intendente municipal Dr. Guillermo Britos, Diario La Razón de Chivilcoy, Luis Rositto, Gabriel Sosa, S.A.D.E. Chivilcoy, Carla Moyano, los pibxs de Sedronar, artistas plásticos que intervinieron las tapas, Carlos Costanzo, Alcides Decunta, Eduardo De Lillo, Centro comercial e industrial de Chivilcoy.



**CULTURA Y EDUCACIÓN**  
**CHIVILCOY**